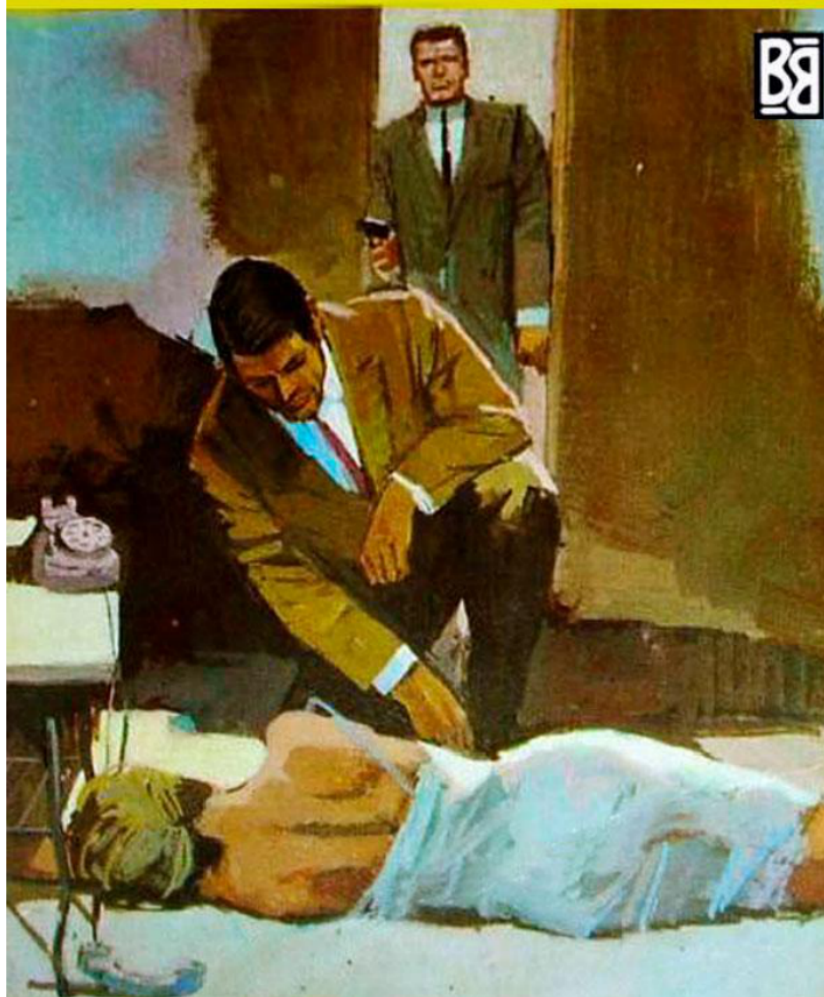


PUNTO

ROJO

el caso de la llamada asesina

frank caudel



COLECCION

PUNTO ROJO





SAMANTHA

altamira



MELVIN
ADAMS

FRANK CAUDETT

EL CASO DE LA LLAMADA ASESINA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 303

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Dépósito legal: B 38.853 - 1967

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: febrero, 1968

© FRANK CAUDETT - 1968
sobre la parte literaria

© DESILO - 1967
sobre la cubierta

© ALTAMIRA - 1967
sobre las ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1968

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección PUNTO ROJO:

299 — ¿Le servimos su cadáver?

En Colección SERVICIO SECRETO:

911 — Drogas & piel de plátano.

En Colección CALIFORNIA:

594 — Odisea de un pistolero.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

165 — Objetivo: Patrick Drake.

En Colección KANSAS:

452 — Alias «Confederado».

En Colección BÚFALO:

741 — Plomo: esquilas de venganza.

En Colección ALTO SECRETO:

8 — Los intocables fueron del FBI.

En Colección COLORADO:

531 — Se precisa un *gun-man*.

En Colección BISONTE:

1.026 — Un *sheriff* elegante.

En Colección BRAVO OESTE:

367 — «Trallazo», O'Brayan.

En Colección SALVAJE TEXAS:

610 — Al grito de, ¡saca!

En Colección SELECCIÓN SERVICIO SECRETO:

267 — Paroxismo.

Era un antiguo pensamiento. Una vieja idea aletargada en el fondo de mi mente a la que un día quise dar vida, forma, realidad. Pero la olvidé. Quedó sepultada entre mil nuevas ideas, mil distintos pensamientos. Murió sin apenas haber nacido.

Hoy he vuelto a pensar en ella. En unos hechos del pasado que pudieron ser y quizá no fueron... o tal vez han sido.

Los personajes de mi vieja idea existieron Con otro nombre y otra apariencia física. Pero su condición intelectual y moral responde exactamente a lo que yo boceté y ahora voy a desarrollar.

Una vieja idea de seres muy humanos que vivieron días de crueldad y horror, que por muy humanos precisamente, sucumbieron a sus bajas pasiones, debilidades, al instinto que a veces hace del hombre lo que jamás imaginó que llegaría a ser.

Era, sí, un antiguo pensamiento.

FRANK CAUDET.

UN PRÓLOGO

Rush Drake se detuvo unos instantes en el amplio portalón, de modernísima línea, que daba acceso al suntuoso vestíbulo.

Salvados aquellos segundos de indecisión, el hombre giró sobre sus talones, avanzando por la muelle alfombra que ahogaba el ruido de las pisadas.

A izquierda y derecha, en ambas paredes, de picado que simulaba el granito, veíanse pequeñas o grandes placas metálicas, buzones de original diseño, papeleras incluso.

Y enormes macetas con plantas artificiales.

En el fondo, frente a los elevadores, veíase una cabina de cristales que ocupaba una centralita telefónica y el portero recepcionista.

Drake, asomó la cabeza por la ventanilla.

—¿Está la señorita Ingrid en su apartamento?

El portero, que tenía un acusado tic nervioso, parpadeó cien veces en un segundo al tiempo que alzaba su pelado, redondo y reluciente cráneo para mirar al otro.

¡Con lo que le fastidiaba que lo pillaran sin la gorra puesta!

Pero claro, con la dichosa alfombrita, cuando se venía a enterar de que alguien..., alguien ya estaba delante de sus narices.

Se puso rápidamente la gorra, encasquetándosela coa malhumorados movimientos. Tras un buen número de parpadeos, exclamó:

—¡Ah, si es usted, señor Drake! No le había reconocido de momento y es... ¿La señorita Clarkson ha dicho? ¡Claro! A quien va usted a ver sino a ella. A veces soy... ¡No, no está, señor Drake! Ha salido hace como... —consultó un reloj grande, chabacano, de esfera negra con calendario y cadena cromada—, como una media hora. ¡Pero ha dejado la llave por si usted venía y deseaba esperarla! Me lo ha dicho. Es posible que venga...

Rush, taconeando en la alfombra, cortó la estúpida perorata del charlatán:

—¿Me da esa llave, por favor? —Y tendió la diestra, por la ventanilla hacia el interior de la cristalera.

El locuaz funcionario comprendió al instante que su conversación no era del agrado de Rush Drake.

Alcanzó el llavín de un casillero vecino, depositándolo en el hueco de la mano que habían tendido frente a sus ojos saltones.

—Aquí la tiene..., señor.

—Gracias.

Y le observó curiosamente mientras se alejaba hacia la puerta del elevador central.

Un tipazo, sí, señor. Alto y bien plantado. No era muy guapo y maldita la falta que le hacía. Porque llevarse de «calle» una mujer como Ingrid Clarkson era patrimonio de privilegiados.

¡Cómo estaba la niña! Tan morena, tan desarrollada tan...

El ruido del ascensor al elevarse le apartó de sus beatíficos pensamientos. Tomó un ejemplar del *New York Times* dispuesto a empaparse de lo del Vietnam.

Rush Drake, entretanto, había llegado ya al apartamento de Ingrid Clarkson, situado en la planta doceava.

Letra H.

Introdujo el llavín en la cerradura, lo hizo girar, abrió, y, tras echar una ojeada al coquetón y bien amueblado vestíbulo, cerró a su espalda, echando pasillo adelante hacia el *living*.

Ingrid, obvio es decirlo, era una mujer encantadora.

Drake, no obstante, se dijo que él estaba locamente enamorado de Linda Dougan. Lo de Ingrid, era otra cosa.

No.

Nada de amoríos secretos, nada de pasiones, nada de placeres despertados por sus muchos encantos..., porque Ingrid tenía muchos encantos.

Era otra cosa.

Un tenue pero penetrante perfume, agradable, sutil, flotaba en el recinto. Un pequeño paraíso, sí. Graciosas alfombras en forma de media luna, vaporosas cortinas blancas, figurillas, cuadros, simpáticos adornos.

Mano de mujer. Ingrid pese a todo, no podía olvidarse de su

femenina condición.

Rush, mirando de un lado a otro, como si hubiese entrado en el apartamento por primera vez, sonrió.

Luego, golpeando con los nudillos en el respaldo de un menudo sofá, se dirigió al fondo, a la izquierda del amplio ventanal por el que penetraba una suave brisa que mecía rítmicamente las cortinas, abriendo el compartimiento bar del mueble librería.

En un estrecho y largo vaso se sirvió una generosa ración de *whisky*, regresando con aquél en la diestra para desplomarse sobre el sofá.

Un sorbito. Buen *whisky*, sí.

El discreto zumbido del timbre abrió un surco en sus negligentes pensamientos. Dejando el vaso sobre la vecina mesa ratona fue hacia la puerta, abriéndola.

Un botones le tendía un sobre de considerable tamaño.

—¿La señorita Clarkson?

—Sí, aquí es. No está en este momento. Pero es lo mismo, muchacho. Me haré cargo de él... ¿A qué agencia perteneces?

—New York Rapid Service, señor.

Rush tomó el encargo, poniendo unas monedas en la enguantada mano del botones.

—¡Gracias, señor!

Y se alejó por el pasillo, evidentemente satisfecho.

Rush, luego de cerrar, regresó al sofá. Alargando el brazo se hizo de nuevo con el *whisky*, dejando el sobre encima de la mesita.

Señorita Ingrid Clarkson. *URGENTE*.

¿Urgente?

El hombre, casi de una forma mecánica, alargó otra vez el brazo para coger el sobre. Estuvo mirándolo unos segundos.

Bebió.

—Urgente... —dijo en un susurro—, urgente..., ¿estará relacionado con algo de lo nuestro?

Dejó el vaso. Rasgó el sobre.

Una cuartilla mecanografiada surgió de su interior, cayendo encima de la alfombra.

Inclinóse para tomarla. Una vez desdoblada, leyó:

«Noemi:

»Te adjunto la prueba que anda buscando Rush Drake, para que la destruyas. Es peligroso para los dos. Si por cualquier circunstancia llegase a su poder, sería nuestra perdición. No lo he destruido yo mismo porque deseo que lo hagas tú y tengas la certeza de que él no podrá tener pruebas, jamás, de tu doble juego.

»*Sabes que te amo*».

Sin firma.

Rush Drake se quedó perplejo.

¿La prueba?

Entonces se dio cuenta de que dentro del sobre había... otro sobre. De menor tamaño.

Tembláronle los dedos, todo su cuerpo sufrió una convulsión estremecedora. Las grises pupilas rodaron en sus órbitas como si fuesen a desprenderse de ellas.

¡Aquel sobre...!

Auschwitz, Polonia, año 1943, el campo de concentración más siniestro del genocidio nazi... ¡Allí había visto aquel sobre por primera vez!

Tenía ocho años. El, Frank Bar Giora. Ocho años. Atónito, aún, Rush Drake, contempló de nuevo el sobre.

El paso del tiempo le había dado al papel un color ocre, pero aun así, leíase con claridad el nombre del destinatario escrito con una elegante caligrafía femenina.

Su padre. Muerto.

Señor MOSHE BAR GIORA

En Auschwitz-Birkenau, Polonia, a orillas del Vístula, año 1943.

—¡No...! —Casi gritó—. ¡No es posible! ¡No puede ser!

Y sus ojos estaban fijos en los dos sellos pegados en el ángulo superior derecho del sobre.

Reproducían una calavera con la gorra de los oficiales alemanes del SS, con carrillera dorada, el águila y una cruz esvástica, pequeña, sobre la abierta boca del descarnado esqueleto que mostraba unos dientes siniestros, espectrales.

Correspondía a una emisión clandestina efectuada en la

impresión de un *ghetto*, empleada por los judíos para enviarse cartas, de uno a otro, por medio de amigos o familiares, para evitar la censura alemana.

Aquella carta, aquel sobre, la había traído un polaco desde Viena. No podría olvidar jamás el instante en que lo vio por primera vez.

Un recuerdo trágico de su infancia no menos trágica que habíase grabado en su mente, en su cerebro, con sangre, horror, sadismo.

Inolvidable, sí.

Nerviosamente, Rush Drake apuró el *whisky* de un trago. Fue al mueble bar y sirvióse otro.

Lo vació igualmente de un solo y largo trago. Finalmente dejó el vaso.

Miró el sobre..., ¡el sobre!

¿Por qué? ¿Cómo era posible que Ingrid Clarkson..., Noemi Jaffa en realidad, tuviese algo que ver con aquello?

¡Para volverse loco!

Noemi. Jezabel Dafna, Ruth..., él mismo. Tenían un común objetivo. Un traidor, sí. Una traidora, mejor dicho. ¿Dinero? ¿Amor?

Estrujó el sobre, inconsciente, entre los dedos engarfiados, férreos, de su zurda. Luego..., metió en un bolsillo la bola de papel.

Abandonó al instante el apartamento.

—¿Le digo a la señorita Ingrid que ha estado usted en su apartamento? —preguntó el portero al recibir la llave.

Rush le miró unos segundos con ojos vacíos, ausentes, como si no le viera.

—¡Dígale lo que le dé la gana!

El funcionario, que ahora llevaba la gorra puesta, soltó un ruidoso respingo.

—¡Qué...! ¿Cómo ha dicho?

Tuvo que sacar la cabeza por la ventanilla para darse cuenta de que Rush Drake ya alcanzaba la salida.

—¡Esos tipos con sus cuentos...! Encima de que se cansan de revolcarse con... ¡Bah! Y aún protestan los muy imbéciles. Se ha cansado de esperar... ¡Bobo! Yo llevo toda la vida esperando a una mujer como Ingrid..., y aún tuve que rogarle a ese barril con patas que tengo en casa para que se casara conmigo. ¡Idiota! ¡Al Vietnam

te mandaba yo! —terminó su monólogo agitando el puño derecho hacia la puerta por donde segundos antes había desaparecido la silueta de Rush Drake.

No tenía noción de cuánto tiempo había transcurrido desde que saliera del apartamento de Ingrid y empezara a caminar por la ciudad sin rumbo fijo.

Pensando.

Volviéndose loco de tanto pensar. Concebía una hipótesis. La desechaba. No.

No podía admitir, pese a la evidencia, que Ingrid, Noemi Jaffa, fuese una traidora. Víctima de un interés o esclava de una pasión.

¡No!

Ella era una mujer temperamental, decidida, firme y resuelta. Muy hermosa también, sí.

Demasiado.

¿Qué podía o debía hacer ahora? ¿Hablar con Jezabel, Dafna y Ruth?

¡No..., no era eso! No podía presentarse frente a ellas levantando una acusación tan monstruosa contra Noemi.

Sólo había una forma de aclarar aquel hecho oscuro: Hablar con ella y pedirle una explicación satisfactoria.

Sí, eso haría.

Detuvo el primer taxi que salió a su encuentro.

—Al 759 de Grand Concourse Boulevard. En el Bronx.

—Correcto, señor.

La carrera duró unos diez minutos aproximadamente.

Rush Drake, luego de abonar el importe, saltó a tierra con nerviosos ademanes, dirigiéndose al suntuoso vestíbulo del 759.

—¡Eh, señor Drake! —le llamó el portero—. Me alegro de que se haya arrepentido. Lo miró sin comprender...

—¿Qué está diciendo? Hizo un rictus estúpido.

—Bueno..., es que ella, la señorita Clarkson, regresó pocos minutos después de salir usted. Me pareció que se afligía al saber que usted se había ido sin esperarla. ¡Seguro que ahora se alegrará de verle!

—Seguro.

Se encaminó hacia el ascensor. Planta doce. Letra H.

Pulsó el zumbador en largo timbrado.

Montando una ceja sobre otra, Drake evidenció la extrañeza que le producía no oír el inconfundible taconeo de ella al dirigirse a la puerta.

Extraño, sí.

¿Se habría acostado? Repitió la llamada.

Sin taconeo. Sin respuesta.

Se pasó el dorso de la mano por la frente, dándose cuenta de que la tenía húmeda, grasienta.

Y helada al mismo tiempo. Como todo su cuerpo. Al que había invadido un incomprensible sudor frío.

El nerviosismo, que no le abandonara desde el instase te en que abriera la urgente misiva dirigida a Ingrid, aumentó ahora. Cerrando los ojos apoyó la frente en la puerta y ésta, despacio, gimiendo quedamente, cedió hacia dentro.

Abierta..., ¡estaba abierta! Se estremeció.

Pero no pudo evitar el instinto que lo empujaba adelante, al interior.

Se mordía el labio inferior, sentía miedo..., miedo, sí. Un miedo como nunca lo había sentido.

Avanzó a tientas, apoyándose en las paredes, como si no conociera la disposición de un apartamento que había pisado más de una docena de veces.

Llegó, en penoso avance, hasta el *living*.

Sus dedos se engarfiaron al conmutador para hacerlo girar, para encender la luz.

—¡Ingrid...! —susurró—. ¡Ingrid...! La luz.

Dio una ojeada a su alrededor.

—¡NO! ¡INGRID...!

Ingrid Clarkson, en realidad Noemi Jaffa. Hebrea. Nacida en Polonia. Muerta en Nueva York.

Su cuerpo espléndido, ceñido dentro de una bata roja, corta, que dejaba al desnudo unas piernas morenas de trazo magistral y buena parte de unos muslos prietos, bien formados, estaba tendido en parte de la alfombra situada al pie de la mesita que sostenía el aparato telefónico.

De bruces.

Esparcida sobre la espalda la azabache melena de largas y sedosas hebras. Roja la bata, transparente.

Ella se ponía siempre cómoda en casa. Dos prendas menudas, imprescindibles. Y el translúcido escarlata que agitaba el instinto como una coctelera.

El auricular del teléfono oscilaba lenta, macabramente, a dos centímetros escasos de la desmadejada cabera.

Rush Drake, sintiendo que le faltaba aire en los pulmones, seca la garganta, sangrante el labio inferior que no cesaba de morderse, avanzó de nuevo unos pasos.

Inclinándose después para, con reverente ademán, rozar la seda de aquellas negras hebras con las yemas de sus dedos temblorosos.

Trató de inclinar más la cabeza para ver el rostro que había quedado como adherido a la alfombra y chocó con el auricular, que no cesaba de balancearse cual péndulo de un reloj siniestro.

Se alzó, aterrado, de un brinco.

Mirando al negro causante de su sobresalto. El auricular del teléfono.

La había llamado alguien, o lo había hecho ella, antes de morir. Si el aparato estaba descolgado era un claro indicio...

Creyó oír un ruido fuera, en el pasillo.

Rush Drake, víctima de un pánico al que se veía incapaz de sobreponerse, abandonó la estancia en torpe carrera que lo condujo hasta la puerta tropezando con muebles y paredes.

Nadie en el pasillo.

Salió. Cerró.

Un suspiro de alivio escapó, sonora y prolongadamente, de sus labios.

Permaneció unos instantes apoyado contra la pared mientras trataba de acompañar la respiración.

Por instinto dirigió una mirada a la esfera de su reloj. Más de las once de la noche.

Otra sacudida le llevó corriendo, jadeando, hasta el ascensor.

Abajo, el estúpido portero metomentodo, seguía leyendo las noticias del Vietnam.

—¡Eh! —Agitó el periódico cuando vio pasar a Rush Drake, frente a la cabina, como una exhalación—. ¡Vaya..., seguro que se han peleado! Salir de estampida del apartamento de una mujer como la señorita Clarkson..., habiendo estado tan poco rato... ¡Ja! Mañana, cuando hagan las paces, saldrá a las tres de la madrugada.

¡Si sabré yo de esas cosas con los años que llevo en una portería!

Y volvió a las noticias del periódico.

Rush Drake corría por la calle sin darse cuenta de que con su extraña conducta llamaba la atención de los nocturnos transeúntes.

Vio un taxi y le hizo desesperadas señas.

—¡Taxi...! ¡Taxiiii...!

Se detuvo frente a él con estridente frenazo.

—¡Que no se acaba el mundo, amigo! —rezongó el taxista—.

¿Adónde vamos? Se acomodó, removiéndose inquieto.

Dio una dirección y el vehículo arrancó con ligereza.

OTRO PRÓLOGO

Una tienda de antigüedades.

Una cualquiera de las muchas diseminadas por aquel típico barrio neoyorkino llamado Greenwich Village.

Greenwich Village.

Al oeste de Washington Square y sur de West 13 Th Street. Curiosas casas antiguas, calles tortuosas, tiendas interesantes y exposiciones artísticas al aire libre. Gozando de la reputación de ser hogar de artistas y escritores.

Nada. Seudobohemios, vividores, golfos y fracasados.

Mescolanza, abigarramiento mejor, de razas y personas, de pensamientos e idiosincrasias.

Mucha gente rara, sí.

Bastante sinvergüenza con falda, minifalda o pantalones, también. Greenwich Village.

Una tienda de antigüedades.

Sí, ya lo he dicho, naturalmente que hay otras. Es algo que también abunda en ese barrio.

Pero la mujer estaba detenida desde hacía varios minutos frente al escaparate de aquella tienda.

Thsé Chiang Ko, anticuario.

Los ojos de la mujer, entrada en años sin menosprecio a una deslumbrante belleza de la que restaban interesantes vestigios aun entrando ya en el ocaso, estaban fijos, clavados, hipnóticos como bajo la influencia de un misterioso y extático sortilegio, en el escaparate de la tienda de Thsé Chiang Ko.

Al otro lado del grueso cristal, sucio, con chorreones que delataban la intensa lluvia recibida últimamente, había un ajedrez de marfil con figuras en lugar de piezas que, sin duda, debía valer un riñón y parte del otro.

Pero el interés de la dama no se centraba en la exquisita y

costosa obra de artesanía que habría embobado frente al escaparate a cuántos ajedrecistas hubiesen cruzado por delante de él.

No.

No era el ajedrez.

Pero sí algo cien veces más exquisito y costoso que aquél. Algo que estaba precisamente junto al ajedrez.

Una fiel y exacta reproducción de la residencia de lamas de KUM-BUM[1] en miniatura, trabajada en oro, plata, marfil, platino y piedras preciosas.

Derroche de arte, paciencia, genialidad, misticismo... y derroche de dinero el que había de hacer quiten desease aquel portento nacido en las manos de algún orfebre oriental. Una auténtica millonada, sí.

Eso por sí solo podía justificar el interés de la mujer. Sin embargo, escudriñando su mirada, podría descubrirse que no era la obra de arte en sí, ni tampoco su valor crematístico, lo que la tenían aprendida en la contemplación de la miniatura.

Debía existir otro motivo, una causa que probablemente para ella era muy superior a la valoración material de la obra.

Cuando al fin, tras un leve y fugaz parpadeo, pareció volver a la realidad, dio unos pasos a su izquierda y dirigióse a la puerta que, con musical campanilleo, anunciaba al propietario de la tienda la llegada de un posible comprador.

—Buenos días.

Las paredes estaban cubiertas hasta casi rozar el techo de estanterías con exóticas y recargadas molduras en las que se apelotonaban, con un descuido que parecía intencionado, desde las más insignificantes bagatelas hasta figuras, estatuillas, bustos y objetos de arte de la más genuina procedencia, cuyo valor traducido en cifras se suponía estremecedor.

Y sin embargo, a juzgar por el ambiente mísero, negligente, que habíase logrado dentro del establecimiento, no se presumía que pudiera albergar la auténtica fortuna que en realidad cobijaba.

—Buenos días, señora. ¿En qué puedo servirla?

El que había contestado al saludo de la mujer se encontraba detrás del pequeño y bajo mostrador, de espaldas a unos cortinajes que debían dar acceso a la trastienda.

En contra de lo esperado, de lo que casi era precepto ineludible

en aquella clase de comercios, el individuo no vestía a la usanza oriental ni hablaba el inglés con la simpática «l» que con tanta gracia prodigaban los chinos.

Llevaba un traje gris vulgar y corriente. Se expresaba en un correcto inglés. Era sin duda, norteamericano.

—Quisiera saber... —musito ella, acercándose al mostrador— el precio de esa reproducción en miniatura del
KUM-BUM.

La tiene en el escaparate junto al ajedrez de marfil.

El hombre, apoyando ambas manos en el mostrador, la estudió con cierto detenimiento.

Al cabo de unos segundos, dijo:

—Espero que no tome mis palabras como una ofensa, señora, pero..., tengo la completa seguridad de que usted no dispone del dinero necesario para comprar esa joya. Le repito que me perdone, señora.

Los almendrados ojos de la mujer chispearon fugazmente.

—¿Juzga usted a las personas por su aspecto? —inquirió con un matiz en el que vibraba un destello de dureza.

El hombre negó con la cabeza.

—No es eso, señora. Para que lo comprenda mejor responderé a su primera pregunta. La reproducción de la residencia de
KUM-BUM

está valorada en un cuarto de millón de dólares. ¿Se interesa usted en comprarla, señora?

—No. Por supuesto que no. Usted lo ha dicho. No dispongo de dinero para comprar esa joya. Sin embargo..., tengo una enorme curiosidad por saber dónde la adquirió usted.

¿O es un secreto profesional?

La miró él larga y escrutadoramente. Como si tratara de descubrir los verdaderos motivos por los que aquella mujer habíase interesado en la reproducción del templo.

—Nuestros proveedores, señora —repuso al término de un prolongado silencio—, son tan extravagantes y exóticos como la misma mercancía que nos ofrecen. Nosotros, como es lógico, no podemos surtirla a través de la serie normal de fabricantes y mayoristas que surten al resto de los diferentes comercios. Por lo general, vendemos artículos cuya fabricación data de épocas

remotas. Compramos a millonarios que se han cansado de ver la misma estatuilla, a gentes adineradas que se ven obligadas a vender... Insisto, señora, en que nuestros clientes son extravagantes y polifacéticos.

Una extraña sonrisa curvó los carnosos labios de ella.

—Pese a su larga e innecesaria explicación, imagino fue un tratante en objetos de tan cuantioso valor debe llevar un libro de compras y otro de ventas...; incluso uno de caja, ¿no es así?

El hombre encajó las mandíbulas.

—Es así, señora. Pero esos libros a que usted se refiere forman parte de la administración interna de la casa y sólo tienen acceso a ellos los inspectores del organismo competente. Creo que no le será nada difícil comprender eso, ¿verdad?

Volvió a sonreír de aquella forma extraña y enigmática al mismo tiempo.

—Por supuesto que lo entiendo, amigo. Resumiendo: ¿no puede decirme dónde y a quién le adquirió esa joya?

Negó rotundamente.

—No. Lo siento, señora. ¿Puedo serle útil en alguna otra cosa?

—Una forma muy sutil de invitarme a salir de su establecimiento, amigo.

—Si usted lo entiende así...

—Las mujeres somos susceptibles por naturaleza. Un vendedor experimentado debería conocer mejor la sicología femenina. Buenos días..., caballero.

Se inclinó cortésmente.

—Buenos días, señora.

CAPÍTULO PRIMERO

Laura Queen era la secretaria. Melvin Adams era el detective.

—¡Hola, preciosa! Lo era, desde luego.

Con sus dorados cabellos peinados en alto, crespados a la moda, que lanzaban hacia los ojos un gracioso flequillo pleno de coquetería. Azules como el mar eran sus redondas pupilas, grandes, vivas, que recorrían el sugestivo trazado de las órbitas oblicuas. La nariz, de un trazo recto y respingón, deteníase ante unos labios gordezuelos, rojos, encendidos, que se curvaban en arca suave y atractivo.

—Hola, jefe —respondió, inclinándose ligeramente cuando lo lógico era hacer todo lo contrario.

Pero así, el cuadrado escote del jersey amarillo apuntaba la fugaz visión del inicio.

Melvin, inclinándose a su vez; tomó con suavidad la barbilla en que culminaba aquel rostro ovalado y buscó los rojos labios con avidez.

Ella, burlona, supo hurtarlos al beso.

Arqueó él las cejas, extrañado, al tiempo que preguntaba:

—¿Qué te sucede hoy, muñeca? Hizo un mohín ambiguo.

—Nada. Pero dentro de dos meses voy a casarme. Melvin Adams soltó un sonoro y ruidoso respingo.

—¡Qué! ¿Cómo has dicho?

Laura, despacio, contoneándose con estudiado ademán, se puso en pie y pasó sus manos por las caderas alisando la falda que las ceñía escandalosamente. Su cintura era tan breve y escasa como la tela empleada para confeccionar aquella estridente falda de color azul eléctrico.

Sonrió con deleite, diríase que recreándose en la sonrisa que separaba sus rojos labios.

—He dicho, querido jefe, estupendo ejemplar del sexo más

encantadoramente animal que conozco..., he dicho que voy a CASARME.

El muchacho seguía sin comprender.

—¿Casarte...? —tartamudeó con asombro—. ¿Casarte... tú, mi secretaria?

—Sí, yo. Tu secretaria.

Melvin, negligente, forzando ahora una cínica sonrisa, sentóse encima de la mesa y apoyó ambos brazos sobre la máquina de escribir. Luego, con lentitud, fue alzando la cabeza hasta que sus ojos tropezaron con los de Laura.

Inquirió:

—¿Y lo nuestro...?

La sugestiva rubia, brazos en jarras, proyectando hacia delante sus poderosos y convincentes argumentos, que dicho sea de paso los tenía por parejas, desgranó reticente:

—Lo nuestro, que tú dices, ha entrado desde ahora a formar parte de la historia... Melvin, sin dejar de mirarla con irónica fijeza, se irguió pausadamente.

—La historia, ¿eh?

Era —aunque la envidia haga temblar la pluma del que transcribe, que, humano al fin y al cabo, también sucumbe en ocasiones a las debilidades terrenas—, era, decíamos, un auténtico tarzán.

Sí, señor.

El cuerpo atlético, todo nervio y músculo, todo elasticidad, respondía en exacta proporción a su elevada estatura que, sin exceder un milímetro, alcanzaba sin esfuerzo los ciento noventa y tres centímetros.

¡Ahí es nada!

El ancho tórax, poderoso, se mecía rítmicamente bajo la amplitud gimnástica de unos hombros recios, vigorosos, de los que se desprendían unos brazos de acusados bíceps.

Melvin Adams, moreno él, de negros cabellos peinados con raya bajo un meticuloso corte a la navaja, disfrutaba de un físico atractivo que no por ello perdía un ápice de la varonil masculinidad. Sus ojos eran dos pozos de tinieblas, dos brillantes reflectores que despedía desde su misma oscuridad hirientes chispazos de luz. La boca, grande, la formaban unos labios

sensuales, por natural sonrientes, irónicos. Curtido el mentón un tanto pronunciado, único símbolo de dureza que desmentía en ocasiones la jovialidad burlona de aquella perenne sonrisa que esbozaban sus labios.

Sus formas atléticas resaltaban más aún, si cabía tal posibilidad, dentro del traje color castaño, impecable, con chaqueta de tres botones y dos aberturas a la espalda.

En la Gran Bretaña, a los hombres de su aspecto les llamaban *gentlemen*. Y para merecer tal calificativo no bastaba con ser alto, atlético y bien parecido; se precisaba también una elegancia innata, una educación refinada y unos modales inmejorables.

Basta, pues, decir que Melvin Adams merecía ese calificativo. Y Laura Queen podía afirmarlo mejor que nadie.

—Sí, encanto. Historia. ¿Entiendes? Dijo que no, lento, con la cabeza.

—Palabra que no, prenda —habló, mostrando la palma de ambas manos en gesto harto elocuente de fingida ignorancia—. El maestro ya insinuó que sería un chico torpe, despistado... Además, la Historia fue una de las asignaturas que peor se me dio siempre. Esto... —Se pellizcó la barbilla al tiempo que fruncía el entrecejo con rictus que simulaba un interesante pensamiento—, ¿quieres salir de ahí dentro?

«Ahí dentro» era detrás de la mesa.

Laura, planchándose otra vez la falda, estirando el estridente y sugestivo jersey.

Y fuera de la mesa, al otro lado, en el centro del vestíbulo, encogiéndose ligeramente, para lo que le bastó doblar la pierna derecha, ladeó la cabeza en pose provocativa, estudiada, graciosa también, que no hubiera conseguido mejor la más consagrada actriz de Hollywood.

Melvin, a conciencia, recorrió su electrizante figura de pies a cabeza. Desde el delgado y alto tacón de los zapatos hasta el penacho dorada de los cabellos.

—No, no, no... —susurró—, es imposible. Tú no puedes casarte, prenda.

—¿Por...?

—Porque no estás preparada para el matrimonio.

Soltó Laura una carcajada sarcástica.

—La carrera se compone de seis cursos y reválida. Por tanto, aún no estás en posesión del título.

Laura Queen, olvidando los movimientos y ademanes estudiados, dejando a un lado burlas e ironías, avanzó hasta situarse frente al hombre.

Pese a los altos tacones, junto a él, resultaba pequeña. Pero seguía siendo maravillosa, bella, sugestiva, excitante.

Alzó ambos brazos, tibios, desnudos, enroscándolos a la nuca del detective.

—Melvin, cariño, hablemos en serio —musitó—. Ese muchacho está loco por mí, tiene dinero, me ha pedido que me case con él. Pero...

—Pero tú no le quieres, ¿cierto, princesa?

—Cierto, muñeco. Te amo a ti. Lo sabes. Desde el día en que me senté a esa mesa y sorprendí tus ojos mirando mis rodillas. Quisiera evitarlo, Melvin. Pero es imposible. Lo he intentado muchas veces..., sin éxito.

Sonrió él, acariciando las fragantes mejillas de la muchacha.

—Todo eso tiene fácil solución.

Inquirió con expresión ansiosa, curvando su húmeda boquita:

—¿Cuál?

—No te cases.

—¿Por qué no me pides que sea tu mujer, Melvin?

—¿A estas alturas? —se sorprendió él con burlón cinismo—. Sería ridículo, ¿no lo comprendes?

Un rictus de tristeza oscureció las bellas facciones de Laura.

—Lo comprendo. El hecho de ser tu mujer no te reportaría nada nuevo. Es eso lo que has querido decir, ¿verdad?

Se encogió de hombros.

—Sí. Pero sin la entonación melodramática que té le das. Lo que sucede entre nosotros es común y corriente. No hemos descubierto nada, ni tú, ni yo.

Dio un paso atrás al tiempo que clavaba sus ojos azules, encendidos, brillando con furiosa intensidad, en los de él.

—He sido muy estúpida, Melvin. Y aunque opines lo contrario, yo sí que he descubierto algo.

Levantó el hombre ambos brazos como si fuera a protegerse contra un inminente peligro.

—¡Oh, no, por favor! —exclamó—. Escenas no, Laura. Los dos somos bastante mayorcitos para saber lo que se arriesga en esta clase de juegos. El que toma asiento frente a la ruleta debe hacerlo, ante todo, predispuesto a perder. Si gana, la alegría es grande. Pero eso tanto como la decepción cuando se pierde y se ha soñado día y noche con ganar.

La muchacha, trémula su femenina barbilla, vacilantes los labios, musitó:

—Las comparaciones filosóficas que se establecen partiendo del amor son...

El zumbador lanzó su monótono runruneo hacia el interior de la estancia interrumpiendo el diálogo y evitando que Laura Queen completara la frase.

Tratando de recomponer su aspecto, de dar a su rostro la picara y desenfadada expresión de costumbre, dijo:

—Iré a ver...

Y pasó junto a él sin contoneos estridentes ni ondulaciones de carácter insinuante. Abrió la puerta.

—¡Eh, monumento! —exclamó una voz masculina—. ¿Cómo te las arreglas para estar cada día más preciosa?

Laura, con sonrisa impersonal, clavando de soslayo sus ojos en la espalda de Melvin, repuso:

—Esto no es nada, teniente. Aún voy por el segundo curso.

El visitante era un muchacho de una edad pareja a la de Melvin Adams, si bien su contextura física, nada despreciable por cierto, distaba mucho de asemejarse a la del detective.

—¡Es un honor, polizante! —sonrió Adams—. Tanto tiempo sin verte ni saber de ti me hacía albergar la esperanza de que algún *killer* te hubiera acribillado a balazos en cualquier sórdida callejuela de Harlem o Chinatown. Lamento muy de veras no ver confirmadas tan halagüeñas suposiciones. ¿Pasamos a mi despacho?

Thomas Barton, teniente de la Brigada de Homicidios, se acercó a Melvin, golpeándole la espalda sonoramente.

Laura, sin pronunciar otra palabra, cruzó delante de ambos y sentóse a su mesa fingiendo concentrarse en la lectura de unas cuartillas.

—Vayamos a tu despacho, Sherlock Holmes —sonrió a su vez el policía. Cruzaron el vestíbulo y Melvin empujó la puerta gris que

había al fondo.

Tras ella, un amplio despacho amueblado con sentido práctico y moderno, en el que no faltaba, amén de la consabida mesa y las sillas, un mueble bar con espacio para radio y televisor, un fichero metálico y un aparato de aire acondicionado.

Barton, hombre de buena estatura, ondulados cabellos castaños, ojos de igual tonalidad, facciones en general correctas y expresión cauta, cayó con desgana en una de las sillas mientras Melvin se acomodaba al otro lado de la mesa.

Thomas Barton y Melvin Adams se habían conocida en la Academia Federal de la Reserva Naval de Quántico cuando ambos seguían los cursos de preparación como aspirantes a militares en el más importante de los organismos policiales de la nación: El FBI.

Luego, uno y otro habían decidido aprovechar las valiosas enseñanzas obtenidas en distintos frentes de la interminable lucha contra el delito y sus artífices.

Barton no se quejaba de su suerte. Porque si las estadísticas no mentían, era el teniente más joven del Cuerpo en donde militaba.

Aunque quizá, íntimamente, envidiaba la suerte de su amigo y excompañero quien, en un mundo distinto que permitía obrar con mayor libertad, habíase situado a la cabeza de los investigadores privados en una ciudad de doce millones de almas y que, según las estadísticas, cada x grupo de aquéllas tenían un detective a su disposición.

Una fulgurante carrera, sí, la de Melvin Adams.

—¿Qué sucede, Thomas? —inquirió el detective, jugueteando con el cortapapeles que tenía sobre la mesa.

—Un crimen.

—Eso es corriente, polizonte. ¿Has venido por lo del crimen? El policía asintió:

—Correcto, fisgón. Eres de lo más intuitivo que he conocido.

Melvin se desentendió de las bromas porque tenía la certeza de que si Barton le visitaba para hablarle de un crimen, no se trataba de algo común y corriente.

Nada vulgar.

—¿Quién es el fiambre?

—Ingrid Clarkson. Treinta y dos años. Según los documentos hallados en su casa, nacida el 12 de febrero de 1935 en

Montgomery, Estado de Alabama. Soltera. Cabello negro, ojos verdes, agraciada, de profesión taquimecanógrafa.

Adams, sin hacer comentario alguno, se limitó a preguntar:

—¿Y bien...?

Barton, sin andarse tampoco con rodeos, respondió:

—El cadáver ha sido encontrado esta madrugada por la mujer que se encargaba de efectuar la limpieza en el apartamento que Ingrid ocupaba en el 759 de Gratín Concourse Boulevard, Bronx. Tendida de bruces sobre la alfombra en que descansaban las patas de la mesita que sostiene el teléfono. Colgando a dos centímetros de la cabeza de Ingrid Clarkson, el auricular.

—No veo nada de extraño en todo lo que me dices, Thomas. Una sonrisa apagada cruzó fugazmente los labios, del policía.

—Ten paciencia, pesquisa. Consecuente con las formalidades con que suele proceder nuestra «empresa» se le ha practicado la autopsia, El forense lleva una hora haciéndose cruces, ¿sabes?

Melvin se frotó la mandíbula.

—¿Por...?

—Por la razón nada frecuente en los seres humanos, de que Ingrid Clarkson tiene la piel de dos colores.

Adams alzó la cabeza al tiempo que un respingo se escapaba de sus labios con sonoridad.

—¡Cómo! ¿Qué clase de estupidez es ésa? Rió el policía silenciosamente.

—No soy aficionado a mirar mujeres desnudas si ellas no lo desean, pero como Ingrid Clarkson no está en condiciones de desear nada, la he visto. Dos colores, detective Adams, dos colores. Desde los hombros hasta la articulación que separa el brazo del antebrazo y desde la ingle hasta tres centímetros de las rodillas..., *su piel era de color negro*.

—¡Imposible!

—Sin tozuderías, pesquisa. Es de color negro.

Melvin decidió no hacer más objeciones acerca de aquel hecho insólito.

—¿Averiguaciones? —quiso saber.

—Las ya señaladas acerca de su origen, aspecto físico y profesión. Trabajaba en una fábrica de productos químicos como secretaria del director comercial. Según ha declarado el portero de

la finca, Ingrid recibía siempre a los mismos visitantes. Tres mujeres y un hombre. Éste, con mayor asiduidad. Rush Drake. Novelista. Ayer por la tarde estuvo en el apartamento; ella había salido, pero le dejó la llave al portero por si el tal Drake llegaba en su ausencia. Así fue. Pero se marchó antes de que ella volviera para regresar, a las once de la noche aproximadamente, saliendo pocos minutos después, con evidente nerviosismo y excitación, según le pareció advertir al portero. Supuso que habrían discutido.

—¿Amantes...?

—Supongámoslo así, detective. Rush Drake se aloja en una casa de huéspedes de Richmond, pero la patrona asegura que la noche pasada no ha aparecido por allí. Y es dato sumamente curioso el que Drake mantuviese relaciones formales con Linda Dougan, hija de Leonard Dougan, director general de Químico Farmacéutica Dougan,

Iverson & C.^o,

empresa en la que Ingrid Clarkson prestaba sus servicios.

—¿Qué hay de las tres mujeres que solían visitar a la difunta? —inquirió Adams en tono profesional.

—El portero del 759 de Grand Concourse Boulevard ha hecho una descripción tan sumamente vaga de ellas, que puede encajar en miles de mujeres neoyorkinas. Sólo recuerda que una de las tres se llama Diana. ¡Como si no hubiera ninguna con ese nombre en la ciudad!

Melvin Adams que, aun procurando disimularlo, empezaba a sentirse atraído por aquel extraño asunto, cuyo mayor atractivo radicaba en la dualidad de colores de Ingrid Clarkson, preguntó, dando a su voz un fingido tono impersonal:

—Amén de ese combinado blanco y negro que tanto ha sorprendido al forense. ¿Cuáles son las causas estrictas que determinaron la muerte?

—Veneno, detective. Paradistrina activa. De por sí, ya es un veneno rápido, eficaz, activo, de proceso poco menos que instantáneo.

—¿Cómo le fue administrado?

—Misterio.

Adams arqueó las cejas.

—¿Vas a decirme que ese forense tan eficiente no ha sabido

determinar cómo o de qué forma ingirió el veneno?

—No es eso, nervioso. Nuestro eficiente funcionario ha podido determinar, a la vista de los análisis, que la paradistrina, diluida, es un activante soluble, le fue administrada por un procedimiento similar al de las inyecciones subcutáneas. Pero no existe en el cuerpo de Ingrid Clarkson el menor indicio que confirme lo que el análisis revela con claridad meridiana. Un pinchazo, por fina que sea la hipodérmica, deja una señal que, considerando que pueda escapar a los ojos humanos, es imposible que ocurra lo mismo a través del microscopio. Pero esa señal no existe.

—Resumiendo: Tienes un cadáver bicolor como si se tratara de una propaganda de bolígrafo, un teléfono descolgado que nada revela por el momento, un análisis que demuestra teóricamente las circunstancias en que se produjo la muerte y que, en lugar de considerarse prueba determinante, no sirve más que para complicar las cosas. ¡Ah! Tienes también un amante llamado Rush Drake, novelista de profesión, a quien el portero vio salir del escenario del crimen a la hora en que aproximadamente se cometió éste y... —Se mordió el labio inferior—. ¿Y no has interrogado a la señorita Dougan y a su padre?

Sonrió el policía con sarcasmo.

—Elemental, mi querido Watson. De interrogarles vengo. Nada de nada. Ignoraban que Rush mantuviese relaciones con la muerta, detalle que, dicho sea de paso, no le ha hecho la menor gracia a Linda Dougan, e ignoran también dónde pueda encontrarse si no es en el cuarto que ocupaba en la casa de huéspedes. El señor Dougan, por su parte, ha manifestado que apenas tenía trato con Ingrid, ya que ella no estaba afecta a su departamento. Vincent Lasky, director comercial de la empresa y directo superior de la Clarkson, ha manifestado que era una chica normal y corriente, valiosa colaboradora, respetuosa, y a la que suponían toda clase de valores morales. Volviendo a resumir, detective Melvin Adams: NADA DE NADA.

El aludido se encogió de hombros.

—¿Y qué quieres que yo haga, Thomas?

—Lo que hacen los amigos en estas cosas, echarme una manita y hasta dos si quieres.

—¿Te importa decirme cómo?

—Verás... El capitán, el comisionado y el fiscal, por el solo hecho de ser joven, han tratado en más de una ocasión de demostrar mi incompetencia. Hasta hoy, no han tenido suerte. Pero me temo que en adelante la van a tener en cantidades industriales. Necesito encontrar a Rush Drake y a esas mujeres. Son las únicas pistas de que dispongo, suponiendo que en realidad sean pistas. Pero debo encontrar a esas cuatro personas...

¿Puedes hacer eso, Melvin?

Adams clavó en el techo la brillante oscuridad de sus negras pupilas. Por espacio de un par de minutos permaneció en meditativo silencio.

—Es... —musitó al fin—, como el tan sabido tópico de buscar una aguja en un pajar. Tú lo sabes, Thomas. Como sabes también que no voy a negarte mi apoyo. Pero el éxito, ¿quién lo garantiza? Mira..., supongamos por un momento que Rush Drake es el asesino, ¿dónde crees que puede estar a estas horas?

—Si es lo listo que ha demostrado ser el asesino de Ingrid Clarkson, probablemente muy lejos.

Melvin Adams, sonriente, en desconcertante cambio de tono y expresión, anunció:

—Tranquilízate, polizonte. Rush Drake no es el criminal que buscamos. Thomas arqueó las cejas, evidenciando su sorpresa.

—¿En qué basas semejante aseveración?

—En las declaraciones del portero de Grand Concourse Boulevard. Ha dicho que el novelista salió corriendo, excitado y nervioso, luego de acudir por segunda vez al apartamento de Ingrid. ¿No es así? —Y sin esperar a que el otro respondiera, prosiguió—: Un asesino tan metódico e inteligente no huye corriendo al ver su obra consumada; primero, porque no le afecta en absoluto; segundo, porque no desea llamar la atención. Drake encontró a la chica muerta y escapó por ese absurdo miedo que invade a la mayor parte de las personas que descubren un cadáver... —se interrumpió, mirando a Barton con una sonrisita burlona. Sin concluir la frase, le preguntó—: ¿Sabes qué pienso, Thomas?

—No soy una *médium*, pesquisa.

—Que ese miedo al que me estaba refiriendo en quienes descubren un muerto, no es tan absurdo como he dicho.

—¿Por qué?

—¡Oh...! —Alzó ambas manos—. Muy sencillo. Porque la policía tenéis una bien ganada fama de persuasivos a la hora de tomar declaraciones. ¿Entiendes?

Barton soltó una desabrida carcajada.

—¡Claro, claro, comprendo! Somos monstruos. Obligamos a todo el que pasa por Jefatura a que firme una declaración reconociéndose culpable, por lo menos, de ocho asesinatos. ¡Vete al infierno, fisgón!

—Me temo que desde ese lugar podría serte poco útil, teniente. Se iluminaron los castaños ojos del policía.

—¿Cuento contigo, Melvin?

—Si me dices que no sabías cuál iba a ser mi respuesta, te diré yo que, además de teniente de la Brigada de Homicidios, lo cual por sí solo es un grave defecto..., o una desgracia, según se mire, te diré que además eres un farsante embustero.

—*Mea culpa, mea culpa...*

—Si consigo algo, ¿te llamo a Jefatura?

—Correcto, Holmes. Debo reconocer que eres el detective más grande..., por lo menos el más alto, de esta ciudad —se puso en pie—. ¡Ah! Si no me localizas en Jefatura, llama a casa.

—Entendido, tío Sam. Procuraré hacer algo por ti y hacerlo pronto...; pronto es antes de que el capitán, el comisionado y el fiscal demuestren tu incompetencia. Si lo consiguen, no será para mí nada nuevo.

Thomas Barton lanzó un amigable directo de zurda al curtido mentón de su excompañero y amigo.

—En serio, Melvin, te lo agradezco.

—Es innecesario, Thomas. Me pondré en contacto contigo en cuanto haya descubierto algo interesante. Si ello sucede.

Desde la puerta, Barton, formando un círculo con el pulgar e índice de la diestra, aseguró:

—Confío más en ti que en mí mismo.

—Laura no opinaría lo..., «eso» —sonrió Adams, agitando una mano en signo de despedida.

Apenas había transcurrido un minuto desde que Thomas Barton abandonara el despacho cuando brilló una lucecita roja en el interfono que descansaba en un ángulo de la mesa y se dejó oír la voz de Laura Queen, anunciando:

—Una señora desea verle, señor Adams. Dice llamarse Margot Wilkes.

Vaya. Cuando Laura le trataba de usted y «señor» había que pensar en que la buena política de coexistencia reinante hasta aquella mañana entre ambos, se venía abajo estrepitosamente.

Luego, más tarde, solventaría aquel particular.

—Acompañe a la señora Wilkes —respondió, bajando los labios hacia el interfono—. La estoy aguardando.

Y se puso en pie, tras la mesa, tirando de los faldones del saco color castaño.

Abrióse la puerta. Laura se hizo a un lado para permitir el acceso de la mujer a quien precedía y anunció por segunda vez:

—La señora Margot Wilkes.

Melvin Adams, con la mejor de sus sonrisas, profesionales, le salió al encuentro, invitando:

—Adelante, señora Wilkes. Sea bienvenida. Mi nombre es Melvin Adams. A su disposición.

Le tendió la mano.

Laura cerró la puerta con un gesto de rabia y una mirada fulminante dirigida al rostro de su jefe.

Melvin tomó la mano que le tendía su visitante y la llevó a los labios para rozarla suavemente.

Luego, ambos en pie, se miraron con largueza. En silencio.

Agobiante y denso silencio.

CAPÍTULO II

Agobiante y denso silencio, sí.

—¿Es usted un buen detective, amigo Adams? —Se disparó ella, de repente, truncándolo.

Melvin nada dijo. Siguió mirándola.

Sin duda, Margot Wilkes había sido una mujer muy hermosa. Extraordinariamente hermosa. Aunque ya marchitos, conservaba profunda huella de sus numerosos encantos y atractivos. Quizá en sus ojos radicaba la más viva de sus huellas. Grandes, inquietos, vivos, almendrados. También su boca grande de labios carnosos, discretamente coloreados, era otro vestigio de hermosura. Y la línea fina de su busto mórbido, algo caído, cuya pujanza se mantenía ahora, obvio es decirlo, por medios artificiales.

Su cuerpo dejaba entrever el molde escultórico que tuviera en los años jóvenes.

—¿No va a responderme, señor Adams? Melvin sonrió ahora.

—En primer lugar —señaló con una mano la silla de la derecha —, le ruego que tome asiento, señora Wilkes —hizo él lo propio tras la mesa, agregando—: Y en segundo, pecando de inmodesto y, advirtiéndole que la modestia no es precisamente mi mejor virtud, le diré que si no soy un buen detective, por lo menos sí soy uno de los que mantienen la tarifa más elevada en esta ciudad.

Ella, cruzando las piernas blancas, algo delgadas pero de buen molde, que emergían del interior de una falda estrecha de color negro, dijo:

—Por esa razón estoy aquí, amigo Adams.

El, encogiéndose levemente de hombros, musitó:

—Error que no es la primera en cometer, mi distinguida señora Wilkes. Sin ánimo de vanagloriarme ni de molestarla a usted, le diré que soy un buen conocedor de la sicología humana. Y esos conocimientos acerca de la mente del hombre me han llevado a la

conclusión de que una persona es más feliz si se la engaña haciéndole pagar un caro precio.

—No le entiendo.

—Se lo diré de otra manera, señora. Si usted acude a un detective de módicos honorarios con oficina abierta en un barrio humilde y no cumple a la perfección con el trabajo que le ha encomendado, le increpará, le insultará... e, incluso, es muy posible que le exija la devolución del dinero. Sin embargo, de ocurrir el mismo caso conmigo, usted quedará convencida de que si no lo he hecho mejor ha sido por verdadera imposibilidad. Abonará religiosamente mis honorarios, sin rechistar, y cuando necesite en otra ocasión de un detective... pensará en Melvin Adams. A un lado de estos razonamientos, señora Wilkes, sepa que soy un eficiente investigador privado. ¿Satisfecha?

Una suave sonrisa iluminó los labios de la mujer. Descruzando las piernas para cabalgarlas a la inversa, anunció:

—Por lo menos, me ha demostrado que es culto, que posee don de palabra, mundología..., y que es físicamente como yo lo imaginaba. Un hombre apuesto, elegante, fornido y con mucha personalidad.

—Me halaga, señora —dijo él con algo de reticencia—. Y ahora, después de estos cumplidos, ¿qué le parece si me habla de los motivos de su agradable presencia aquí?

Margot Wilkes miró con fijeza inquisitiva el rostro del detective.

—Creo —murmuró— que será para usted un juego de niños. Adams, sin hacer comentario alguno, se limitó a decir:

—La escucho.

—En el número 12 de la 4 Th Street se ubica una casa de antigüedades. Creo que el propietario se llama Thsé Chiang Ko...

—Eso dice él, señora Wilkes...

—Margot, se lo ruego.

—Eso dice él, Margot —le sonrió Adams con mesurada intención—. Y cuando se caracteriza y asegura haber nacido no sé en qué remota provincia de la misteriosa China, nadie, absolutamente nadie, sería capaz de sospechar que Thsé Chiang nació en el Brooklyn de Nueva York.

—¡Qué gracioso! ¿De veras?

—Nos criamos juntos, Margot.

—Asombrosa coincidencia, Adams. Así, las cosas serán todavía más sencillas. Ese chino sofisticado tiene en el escaparate de su establecimiento una maravillosa reproducción en miniatura de la residencia de lamas de

KUM-BUM...

—China Occidental, provincia de Kansú. ¿Estoy en lo cierto, Margot?

—Ya le he dicho antes que es usted un hombre culto.

Melvin. En efecto, está en lo cierto. China Occidental, provincia de Kansú. Esa reproducción..., vale solamente un cuarto de millón de dólares. Y...

—No pretenderá que la robe, ¿verdad? —sonrió él con leve burla, interrumpiéndola. Separó de nuevo las piernas, las rodillas y, durante unos segundos, breves segundos, Melvin se cercioró de que sus pantorrillas estaban tenuemente sonrosadas y de que su *slip*...

—No. Ni se me ha ocurrido. Para eso no hubiera recurrido a un detective. Hay profesionales del robo, ¿no?

—¡Oh, claro! ¿Quién lo duda? Más que detectives, por supuesto. ¿Entonces...?

—Mi único interés estriba, Melvin, en que usted averigüe de dónde ha sacado el amigo Thsé Chiang Ko, o como se llame, esa magnífica joya de orfebrería. Sencillo, ¿verdad?

Adams ensayó una de sus sonrisas ingenuas, infantiles, de estudiante pícaro.

—Soplar y hacer botellas, Margot. Creo que por un trabajo así no debo ni pasar factura. Pero..., no puedo evitar la curiosidad. Ésta es una mujer que me atrae casi tanto como usted misma...

—Elogio innecesario, Melvin. Hace años que dejé de ser atractiva.

—Eso no es cierto, Margot.

—Y..., su curiosidad.

—La de saber por qué se interesa en algo que tiene intención de comprar ni robar. Con una sonrisa que fue en verdad deslumbrante, repuso ella:

—Curiosidad, Melvin.

—Entiendo. No quiere decírmelo.

—Exacto. Confirma usted mis suposiciones acerca de su inteligencia —abrió un sencillo bolso, del que extrajo una tarjeta.

Empujándola hacia Adams encima de la mesa, agregó—: Aquí tiene mi dirección, Melvin. Comuníqueme los resultados de sus investigaciones, que supongo serán positivos y, aunque no lo considere necesario, pásame la factura. No importan las cifras..., importa que cumpla mi encargo. ¿De acuerdo?

Asintió, mientras se frotaba el mentón.

—De acuerdo.

Se puso en pie la mujer y él la imitó.

—No, Melvin. No hace falta que me acompañe. Conozco el camino. Buenos días.

—Buenos días, Margot. Ha sido un placer conocerla.

La contempló mientras daba un gracioso giro sobre los talones y desaparecía tras la puerta, cerrándola con suavidad.

Extraña mujer, sí.

Extraño encargo, también.

Adams siempre había desconfiado de los trabajos aparentemente sencillos. A la larga, resultaban ser los más complicados.

Bueno...

Pensó en Thomas Barton y en su cadáver bicolor. Como un bolígrafo había dicho él... Gracioso, ¿verdad?

No.

Lo de Ingrid Clarkson no tenía nada de gracioso. Y sí era verdaderamente extraño, complicado, oscuro. Mucho más que el encargo de la señora Wilkes.

Melvin, tomando asiento, discó un número en el dial del teléfono, luego de llevarse el auricular al oído.

Esperó, mientras escuchaba la señal de llamada.

—¡Mal rayo te parta! —exclamó una voz desabrida al otro extremo del cable—. ¿A que eres el fisgón Adams?

Rió en silencio.

—Acertaste, golfo. ¿Con qué clase de puerca has estado la noche pasada que aún duermes a las doce del mediodía?

—¡Melvin..., imbécil, son las diez y media! ¡Las diez y media!

—Eso me hace suponer que has despegado los ojos y visto con claridad la esfera del despertador.

—¡Canalla!

—Oye, Roger Kendry, de profesión vividor y mujeriego, ¡ójyeme bien! Te quiero vestido, acicalado, perfumado y en la calle dentro

de media hora. Misión: Buscar el paradero de Rush Drake, novelista, amigo de una mujer llamada Ingrid Clarkson que ha sido asesinada. El último domicilio que se le conoce al tal Drake es una humilde casa de huéspedes de Richmond. Con eso tienes suficiente. ¡Quiero resultados,

RE-SUL-TA-DOS,

en poco tiempo!

—¡Eh..., un momento! ¿Qué hay de mis honorarios?

—Eso, señor Kendry, lo discutiremos a la vista de los resultados.

¡Buenas «noches», jueguista!

Y colgó, sonriente.

Sonrisa que se truncó con la entrada en tromba de una Laura Queen furiosa como una fierecilla salvaje, como una tigresa, como una hembra en la época del celo.

—¡Búscate secretaria, Melvin! Mañana mismo ceno en...

—¡Se acabó! —estalló él, poniéndose en pie y saliendo de tras la mesa.

En dos zancadas se plantó frente a la mujer, ciñéndola por su fugaz cintura, antes de que ella tuviera tiempo de percatarse de lo que sucedía y de lo que iba a suceder.

Melvin, casi con violencia, la estrechó contra su pecho.

Acto seguido, hundió la boca desesperadamente en los labios rojos, húmedos, frutales...

Ella, forcejeó. Quiso arañarle. Con la puntera de sus lindos zapatitos castigó los tobillos de Melvin.

Todo inútil.

El beso se prolongaba.

—O.K., linda.

CAPÍTULO III

4 Th Street, 12. Greenwich Village.

Thsé Chiang Ko, anticuario.

—No está mal, no está mal —susurró Melvin con los labios pegados al vidrio del escaparate—. Doscientos cincuenta mil dólares..., no está nada mal.

Sonrió.

Antes de encaminarse a la puerta, empujarla, oír el musical campanilleo y entrar.

—Buenos días, señor.

Adams, notable y notoriamente sorprendido, enarcó las cejas. Un tenue silbido de admiración escapó de sus labios.

—Buenos días, preciosa. ¿Desde cuándo ese chino de opereta cuenta con una beldad como tú a su servicio?

—No me llame beldad, señor.

—Pero lo eres.

—Soy Samantha Millard. ¿En qué puedo servirle?

Adams, desde su privilegiada estatura, estudió con detenimiento a Samantha.

¡Una obra de orfebrería trabajada en carne y hueso! Más de aquélla que de éste. Pelirroja.

Cabello corto graciosamente peinado que ocultaba parte de su rostro. Cutis blanco, inmaculado, que ella, en contra de lo habitual, no hacía nada por broncear, como si ignorara la existencia de ciertos cosméticos que la hubieran dejado más tostada que un mes en Miami Beach. Pero ahí radicaba precisamente uno de sus mayores atractivos. Contra el óvalo níveo resaltaban como dos estrellas del firmamento sus enormes ojos rasgados de inquietante tonalidad violeta. Y su boca perfilada de labios suaves, tenues, con un natural rojo carne.

Del cuello para abajo, hasta donde permitía el mostrador, era una auténtica escultura. Sus senos menudos, perfectos, exquisitamente formados. El molde de su cuerpo escondiéndose en una cintura inverosímil. Todo, todito, dentro de un ajustado vestido color sangre fresca, brillante, escotado con estremecedor estilo.

Adams trató de captar la línea de sus piernas pero, por el momento, hubo de conformarse imaginándola. SI respondía a lo demás como era de esperar...

—¿No me ha oído, señor?

—¡Oh, sí, naturalmente! Has dicho..., ¿en qué puedes servirme? Prometes no ruborizarte si te lo digo...

Sin decirlo, su rostro de porcelana vio nacer en cada una de las mejillas dos enormes rosetones que aumentaban su gracia y belleza.

—¡Grosero! Salga de aquí inmediatamente. Hizo todo lo contrario.

Avanzó con pasos medidos hacia el mostrador.

—No, pequeña. Después de verte..., ¿crees que puedo irme sin saber que has aceptado mi invitación de cenar juntos esta noche?

Aferrando sus manitas de largos y tersos dedos al borde del mostrador, gritó congestionada:

—¡Fuera...! ¡Márchese ahora mismo!

—He dicho que no, encanto. Y cuando Melvin Adams dice que...

—Y cuando un tipo tan estúpido se empeña en molestar a mi novia, salgo yo y le parto esa cochina boca —amenazó ominosamente el fulano con cara de bulldog que había emergido por entre las cortinas que estaban a espaldas de Samantha quien, evidentemente asustada, llevó ambas manos a su garganta de cisne.

Adams, dedicando su atención al perro de presa, lo miró de abajo arriba con igual curiosidad que un entomólogo al más raro de los insectos.

Le sonrió con hiriente ironía.

—¡No me digas, mastodonte! Tú..., con esa pinta de traganiños, con esa facha de estibador del Hudson..., tú el novio de ella. Anda, corre, anda. Date una vuelta y regresa el día de los Inocentes.

No.

Faz de perro no estaba dispuesto a seguir tan saludable consejo, de lo cual no iba a tardar mucho en arrepentirse.

—¡Ahora verás, bastardo! —rugió ferozmente, mostrando unos

dientes más amarillos que el jersey de Laura Queen.

Y con una agilidad inesperada lanzóse en plancha contra el tórax de Melvin.

El detective no dejó de bocetar aquella sonrisa irónica mientras efectuaba un perfecto quiebro y alzaba la rodilla derecha para que el bulldog estampase allí la cabeza.

—¡Oh...! —suspiró Samantha ahuecando sus hermosos labios—. ¿Está... está muerto? No.

Pero lo parecía. Porque su cabeza había sonado lo mismo que si le hubiese estallado una bomba encima, cayendo a plomo, tan horizontal como se había lanzado, de bruces en tierra.

Cerca de una de las estanterías.

—Descuida, pequeña. Tu bello prometido sobrevivirá.

—¡No es mi novio! —exclamó ella en brusco raptó de espontaneidad. Adams arqueó las cejas.

—¿Entonces...?

Samantha Millard, con nerviosos movimientos, muy abiertos sus diáfanos ojos rasgados, musitó anhelante:

—¡Por favor..., váyase! ¡Hágalo antes de que sea tarde! ¡Lo matarán...! ¡Usted nada tiene que ver en todo esto!

—Ya lo creo que tengo, pequeña. En primer lugar, quiero saber lo que haces aquí y quién eres tú. Y en segundo, ¿dónde está Víctor Elberg, alias Thsé Chiang Ko?...

El radical cambio de expresión efectuado por las facciones de Melvin pareció impresionar un tanto a la bella muchacha.

—Víctor... —susurró—, ¿conoce usted a mi tío? La sorpresa de Adams fue ahora genuina.

—¡Cómo...! ¿Víctor tu tío? No me había hablado de que en la familia existieran joyas semejantes.

Samantha, palpitando sus senos tentadoramente a causa de la excitación, dijo casi llorando:

—¡Por Dios...! Sería largo de explicar. Le ruego que se vaya..., ¡su vida está en peligro!

¿Es que no lo entiende?

Adams, situándose ya junto a ella, le acarició la delicada barbilla sin que la mujer hiciera nada por impedirlo.

—Claro que lo entiendo, muñeca. Pero amo al peligro tanto como estoy seguro que voy a quererte a ti.

Era una situación desconcertante, anómala, que Samantha Millard no acababa de entender. Un hombre, desconocido, al que advertía del peligro que estaba corriendo..., ¡y no cesaba de galantearla en lugar de huir y ponerse a salvo!

—¿Quién..., quién es usted?

—Melvin Adams. Te lo he dicho antes, preciosa. Y ahora añado: detective privado.

—¡De..., detective! ¿De la policía? Negó con la cabeza.

—No, cielo. Soy persona de escrúpulos. Detective sí, pero privado. Sólo trabajo para mis clientes. ¿Quieres decirme dónde está tu..., tu tío?

—Abajo..., en el sótano, señor Adams.

—Para ti, Melvin. ¿Y qué demonios hace en el sótano?

Se mordió el labio inferior al tiempo que alzaba la cabeza para hundir los suyos en los brillantes ojos negros de aquel hombre extraño, cínico, burlón y jovial que, pese a su desfachatez, le inspiraba confianza.

—Lo tienen atado. Hay dos hombres vigilándolo..., y ése —señaló al inconsciente bulldog— me vigilaba a mí.

Adams, un tanto confundido, siguió preguntando:

—¿Y a qué viene todo eso, Samantha?

—No lo sé con exactitud. Pero creo que...

—¡Tú no crees nada, pequeña víbora! —estalló una voz ronca, sádica, cuyo propietario era un tipo delgado de expresión aviesa, criminal, que salía de entre los cortinajes empuñando una pesada y negra automática. Agregó—. Y tú, tarzán de los micos, levanta bien las zarpas si no quieres comprobar que frente al plomo no hay hombres fuertes. ¡Rápido!

Adams, con disimulo, empujó a Samantha hacia su derecha mientras obedecía la orden del escuálido asesino.

—Así... —sonrió aquél—, eso está mejor. Y ahora, ¿qué es lo que andas buscando aquí, gran tipo?

—Mi zapatito de cristal, guapo. Lo perdí anoche al sonar las doce campanadas.

Un rictus siniestro contrajo las repulsivas facciones del que manejaba la automática.

Samantha, palideciendo, se estremeció. Quiso resguardarse tras las atléticas espaldas del detective.

—Eres gracioso, ¿eh, jeta bella? Yo te enseñaré... ¡Tú, chiquita, ponte donde yo te vea! Durante unos segundos, al dirigirse a la bonita pelirroja, descuidó su atención de Adams.

Melvin, entonces, hizo la pirueta más insólita que podía esperarse dada su estatura, su peso y su posición.

Con una facilidad de reflejos pasmosa y una elasticidad de músculos escalofriante se hizo atrás en inverosímil salto para, luego de girar como una peonza, salir disparado hacia adelante proyectando, con sonoro chasquido, la suela de sus zapatos contra el malévolos rostro del escuálido pistolero.

Le astilló la nariz que, al instante, escupió un líquido rojizo por ambas fosas.

—¡Maldito hijo de perra! —rugió con doloroso ademán. Adams no había permanecido a la espera, por supuesto.

Unos centímetros antes de que su espalda rozara el suelo se alzó, Igual que si su cuerpo respondiese a un misterioso control remoto, para enlazar ambas piernas a la cintura del asesino y aplicarle una dolorosa presa muy empleada por los luchadores de *catch*.

En apariencia, se suponía fácil huir de ella. Pero cuando la conectaba un profesional, Adams para el caso lo era, el lacerante dolor imposibilitaba al «cazado» de hacer el menor movimiento. Y a medida que aumentaba la presión de las piernas del contrincante...

Se desmayó.

Cayendo al suelo, desmadejado, cuando Adams separó sus fornidas extremidades inferiores librándolo de la «llave».

—¡Maravilloso, Melvin! —exclamó Samantha, trémula su dulce boquita, muy abiertos sus ojazos violeta, en infantil explosión de alegría.

Adams, incorporándose, notó que una corriente estremecedora circulaba por su espinazo al oír cómo pronunciaba ella su nombre.

—No sé qué cosa extraña hay en ti, chiquilla. Cada segundo que pasa me pareces más deliciosa. Ahora, trae algo que pueda servir para atar a esta pareja de joyas.

—¡Enseguida!

Se hizo con unos cordones de triple trenzado, con los que Melvin obró auténticas filigranas a la hora de «empaquetar» al dúo de malhechores.

Recogió la automática que había escapado de las manos del

segundo en el transcurso de la fugaz pelea y dijo:

—Llévame donde está Víctor. ¡No perdamos tiempo! Un gesto de temor contrajo el sugestivo cuerpo de ella.

—Queda otro..., otro canalla.

—No sufras, linda. ¡Ah, un momento! Antes debemos cerrar la puerta para prevenir la llegada de inoportunos clientes.

Se encargó él mismo de hacerlo y luego, precedido de la muchacha, pasó al otro lado de los cortinajes donde había una pequeña estancia amueblada y decorada con la más genuina idiosincrasia oriental. Asomaron después a un corto pasillo que desembocaba junto al primer peldaño de una estrecha escalera de caracol, con gimientes y carcomidos escalones de madera.

—Abajo —susurró ella, poniéndose de puntillas y sin conseguir llegar al oído de Melvin— está tío Víctor.

—Yo iré primero ahora, Samantha.

Empezaron a descender y los peldaños no tardaron un segundo en delatarles.

—¿Eres tú, Chas? —inquirió desde el sótano una voz aguardentosa.

Melvin, sin dudarle un segundo, soltó un gruñido que pedía o no convencer al de abajo. Tuvo suerte.

—¿A qué se debían las voces, Chas? —siguió interrogando el otro.

Forzó la voz, hizo un esfuerzo por desfigurarla dándole un matiz impersonal, habló con rapidez para que quien le escuchara no tuviera tiempo de percatarse de la suplantación.

—Un tipo pesado, Se ha ido.

—Bien...

El detective había alcanzado ya el último peldaño. Vio al fulano. Y éste a él.

—¡Maldita...! ¿Quién diablos...? —Y con estas exclamaciones por delante hizo amago de sacar su «petardo».

Pero Adams venía empuñando la automática del desmirriado asesino de expresión repulsiva y sádica.

—¡Tranquilo, paisano! Si tocas la «ferretería», te lleno de agujeros y plomo. Se inmovilizó.

Melvin llegó junto a él en dos zancadas, pasó a su espalda despojándole de un revólver que llevaba en la sobaquera y estrelló

contra su nuca la culata del mismo.

Se apelonó como un acordeón apretado por ambos extremos sin exhalar un solo gemido.

—¡Ni a James Bond le había visto nada semejante! —sonrió con luminosidad la hermosa Samantha.

—¡Qué más quisiera el señor Bond...! ¿No te parezco yo mucho más atractivo?

—Melvin, se lo suplico, ¿es que no puede dejar un minuto de galantearme?

—No.

Un ruido extraño llegó a oídos de la pareja.

—¡Mmmmm...! ¡Mmmmm...!

—¡Es tío Víctor!

En efecto, era tío Víctor.

Que se hallaba en el extremo más oscuro del lóbrego y pequeño sótano, eficientemente atado y amordazado.

—¿Lo libertamos? —inquirió Adams con fingida seriedad.

—¡Pues claro! —Fue la explosiva contestación de Samantha.

Y al echar a correr ante Melvin, pudo éste percatarse que tenía las piernas más bonitas y las caderas más sugestivas y redondeadas que viera en su vida.

Sí, sí, mucho mejor que Laura.

CAPÍTULO IV

Ya he dicho que era una estancia pequeña, mona, amueblada y decorada con el más puro y genuino estilo oriental.

Dragones muy grandes, muy terribles, mostrando lenguas muy encendidas...

Y encendido se puso Melvin Adams cuando, al sentarse sobre un mullido canapé, se encogió lo indecible el rojo vestido de Samantha.

«¡Qué criatura tan maravillosa! —exclamó una vez más, mentalmente. Y el siguiente pensamiento, le sobresaltó— ¡Sólo que sus labios lo insinuaran, Melvin!, irías de cabeza al matrimonio. Ella se vestiría de blanco, con azahar... ¡No, Melvin, es imposible! ¿Cómo has pensado eso?».

—Ya decía yo que este asunto era el más extraño que me habían propuesto en mi vida... —murmuraba Víctor Elberg, sin dejar de frotarse las muñecas y los tobillos—. ¡Si hubiera hecho caso de los sabios proverbios de mis honorables antepasados!...

Melvin, rota su meditación, apartó los ojos de las sugestivas piernas que ella mostraba sin proponérselo, con una ingenuidad en la que radicaba el mayor incentivo.

Miró al que decía llamarse Thsé Chiang Ko, en realidad Víctor Elberg, chaval de su quinta con el que había destrozado más de una pelota de trapo por las callejuelas del Brooklyn.

—¿Quieres explicarme lo ocurrido de una maldita vez?

Elberg esbozó una sonrisa simpática. En apariencia debía contar un par de años más que Adams. Era de mediana estatura, complexión normal, cabello rojizo y muy corto, ojos de color pardo, facciones en general correctas sin ninguna que destacase particularmente. Había sido actor de teatro, confesaba él que de los malos, desempeñando papeles secundarios que en ocasiones sólo le requerían una vez en escena. Para lo que siempre tuvo una

envidiable predisposición fue para caracterizarse. Por eso, seguramente, cuando se encontró con unos miles de dólares en las manos, procedentes de su acierto a la hora de apostar en el *derby* de Kentucky, decidió comprar aquella vieja tienda de antigüedades y dar vida a Thsé Chiang Ko que, como muchas veces decía sonriendo, había sido sin duda su mejor creación.

Víctor, ampliando la sonrisa, dijo en lugar de responder a la autoritaria pregunta de su amigo:

—Ha sido una verdadera suerte que te dejaras caer por aquí, Melvin. Debo dar gracias a la casualidad que te ha hecho venir..., después de casi dos años sin vernos.

—Nada de casualidad, chino de pacotilla. Y ahora, por enésima vez, ¿quieres hablarme de ese asunto que te pareció tan extraño?

Dio dos cabezazos en sentido afirmativo y repuso:

—Todo empezó con una llamada telefónica. Fue Jess Kerset quien la hizo...

—¡Vaya! —le cortó Melvin—. El *boss* de moda en la zona sur de Manhattan. Tengo entendido que dirige un bien organizado *racket* y controla el hampa de Greenwich Village, Chinatown y la parte del East River comprendida entre el Manhattan Bridge y el Brooklyn Battery Tunnel. ¿Estoy en lo cierto?

—Tan bien informado como siempre, pesquisa —asintió Elberg. Agregando—: Kerset me dijo que tenía una auténtica obra de arte china que sólo un hijo del lejano Oriente, «como yo», sabría apreciar en todo su valor.

Me aseguró que por tratarse de mí no habría problemas con respecto al precio. Y en efecto, así fue. Me dejé caer por el cuartel general de Jess Kerset la noche siguiente. En su despacho me mostró la obra de arte de que hablara y tuve que reconocer su genuina procedencia y la magnitud artesana del trabajo. Una reproducción en miniatura de la residencia de lamas de

KUM-BUM,

tallada en oro, plata, marfil, platino y piedras preciosas.

—Melvin Adams hizo un esfuerzo para que su expresión no delatara la sorpresa que acababa de producirle el hecho de que las tribulaciones de Elberg estuviesen relacionadas con el objeto que había motivado su presencia en la tienda. Entretanto, el otro agregaba: —Me quedé boquiabierto cuando Jess me dijo que le

fijaba un precio de cien mil dólares. ¡Valía diez veces más! Pero él, demostrando un acertado criterio, añadió que si establecía el precio real de aquella maravilla ningún cliente de mi tienda, contando con que ese precio veríase incrementado por mi lógico beneficio, compraría nunca la reproducción. Era cierto, más que razonable. Le dije a Jess que me quedaba con el

KUM-BUM.

Que al día siguiente le entregaría los cien mil dólares al tiempo que recogía la obra. Con una sonrisa, Kerset afirmó que yo era hombre de palabra, que podía llevármelo aquella misma noche. Y con respecto al pago, me pidió que extendiera un talón de cien mil dólares y lo ingresara en la sucursal del Trading

Bank & C.^o,

en el 1342 de Gran Concourse Boulevard, Bronx, en la cuenta corriente de una tal Ingrid Clarkson...

—¡Qué! ¿Cómo has dicho...? —estalló ahora Melvin, sin poderse contener. Ante su excitación, Víctor Elberg preguntó:

—¿Qué te sucede, detective? Parece que haya nombrado a tu madre y no para decirle piropos...

—Ingrid Clarkson... Ingrid Clarkson —repitió en incomprensible monólogo Melvin.

Preguntó de repente:

—¿Conocías a esa mujer?

—Ni en fotografía. Jamás había oído su nombre. Me limité a seguir las instrucciones de Jess Kerset sin meterme en mayores averiguaciones ni preocuparme de quién podía ser la tal Ingrid. Todo se desarrolló con normalidad hasta dos días después de haber efectuado la transacción. Se presentaron aquí esos tres fulanos que tú has reducido a la impotencia, se apoderaron de mí y de ella... No conocías a Samantha, ¿verdad?

Melvin la miró de nuevo expresivamente, tanto, que ella inclinó la cabeza para ocultar su encendido rostro.

—No..., pero nos hemos conocido.

—Es hija de mi hermana mayor. ¿No te acuerdas de Nancy?

—Vagamente... ¿Fue ella quien se casó con un tipo adinerado de Cleveland?

—¡Ahá! Pero el tipo la plantó hace un par de meses. Ya sabes lo que son esos individuos. Hasta que ven otra que les gusta... Él ya es

un viejo, pero su amiguita es joven y muy lista. Ha conseguido que se divorciara de Nancy sin darle un centavo. Me pidió que me hiciera cargo de Samantha... Va a cumplir este mes los diecisiete años. Acepté. Mi hermana tiene que trabajar de fregona porque no quiso admitir de ningún modo mi ayuda. Todo lo que me pedía era que cuidara de Samantha...

—Y eso has hecho.

—Sí. Pero lamento que se haya visto involucrada en este desagradable asunto. Cuando llegaron esos tipos temí que cometieran cualquier barbaridad..., ella es joven y demasiado hermosa. Pero, afortunadamente, tenían órdenes estrictas de no hacernos daño. A mí me ataron en el sótano. Sólo me libraban de las ligaduras para comer y... A ella la dejaron que alternara con el que parecía ser el jefe del terceto para atender a los clientes. Eso es todo.

Melvin, cuyo cerebro trabajaba con rapidez meteórica, inquirió a renglón seguido:

—Esos pistoleros..., ¿pertenecen al *racket* de Kerset?

—No los conozco, pero sospecho que sí. Aunque no acabo de entender por qué Jess tenía que hacer algo semejante.

Adams nada objetó a las palabras del anticuario porque estaba meditando acerca del veleidoso Destino... Dos visitas habían recibido aquella mañana. Dos asuntos aparentemente desligados. Dos personas que no se conocían ni se habían visto jamás: Thomas Barton y Margot Wilkes.

Y ahora, resultaban estar unidos por el nexo que entre ellos establecía una mujer llamada Ingrid Clarkson, asesinada, con piel de dos colores.

¿Qué clase de monumental y retorcido laberinto era aquél?

Volviendo a la realidad, juzgó oportuno que Víctor Elberg siguiera suponiendo que su visita había obedecido a un hecho puramente casual. Era mejor así, por su propio bien.

Mucho trabajo, ardua tarea la que abría frente a Melvin Adams. Pero interesante, prometedora para un hombre aficionado a los riesgos, a los enigmas, a las emociones fuertes.

Dijo, mirando a Elberg con fijeza:

—Yo me encargaré de esos tipos, Víctor. Tú, desde ahora, cierras la tienda y te metes en casa con Samantha. No vuelvas aquí hasta

que yo te diga que puedes hacerlo sin peligro alguno, ¿has comprendido?

Negó con la cabeza.

—No, palabra que no entiendo nada. Pero si tú lo dices, supongo que tienes poderosas razones que te aconsejan. Seguiré tus instrucciones al pie de la letra.

—O.K., chino de opereta.

La muchacha, en silencio hasta entonces, pregunto.

—Es grave lo que sucede, ¿verdad, Melvin?

—Puede serlo, muñeca... Y tengo un enorme y particular interés en que no te suceda nada malo. ¿Prometes ser una chica buena y obediente?

Sonrió, con luminosidad cautivadora.

—Te lo prometo.

Finalmente, había correspondido al tuteo. Y eso, hizo estremecer nuevamente al apuesto detective, de imponente naturaleza y brillantes ojos negros.

—Eres exquisita, Samantha. Aunque lo oiga este carcamal que tienes por tío..., he de confesar que no sólo exquisita sino adorable.

Enrojeció como la grana. Removiéndose inquieta en el canapé, su vestido escarlata se encogió más, mucho más, dejando al descubierto el color de una prenda juvenil, íntima.

Un enorme esfuerzo hubo de hacer Melvin para no prender sus ojos en el blanco tentador y sugestivo de sus carnes. Mirando a Víctor, le dijo:

—Saldremos juntos de aquí. Yo me quedaré las llaves porque esta noche regresaré en busca de los «niños» de Jess Kerset.

—Como digas, pesquisa.

—Pues andando...

Le tendió una mano a Samantha para ayudarte a incorporarse. Víctor, hábil y oportuno, carraspeó.

CAPÍTULO V

Melvin siguió con la mirada, hasta verlo desaparecer, el taxi en que Samantha y Víctor se dirigían al dominio de éste.

Luego, girando sobre los talones, echó a caminar con lentitud. Pensando.

En Ingrid Clarkson. Muerta. Con parte de su piel en negro. Con un informe forense que técnicamente evidenciaba que había muerto merced a unas causas que el ver se encargaba de desmentir.

Absurdo. Imposible. Pensando.

En Margot Wilkes, una desconcertante cliente que se interesaba por conocer la procedencia de cierta obra de arte. Y esa procedencia involucraba en el asunto a Ingrid. A Jess Kerset. A..., ¿quién más? ¿Por cuenta de quién había tratado Kerset con Víctor Elberg?

Y, la pregunta más importante: ¿Estaba relacionado aquel objeto valioso con el asesinato de Ingrid Clarkson?

Por el momento, había que suponerlo. De lo contrario ¿por qué había ordenado Kerset a Elberg que ingresara el talón de cien mil dólares en la cuenta de Ingrid? Muchas..., demasiadas preguntas sin respuesta. Y Adams no era hombre que se devanara los sesos inútilmente. La mejor forma de conocer respuestas era interrogar a las personas que podían darlas.

Margot Wilkes, por ejemplo, podía aclarar una serie de puntos confusos. Sí. Visitaría a su cliente. Inmediatamente.

Metió la zurda en uno de los bolsillos buscando la tarjeta que ella le entregara poco antes.

Margot Wilkes. Jackson Avenue, 374. Queens.

Alcanzó el cruce de 4 Th Street con la Vía Broadway, lugar en donde había dejado estacionado su coche ya que su imponente carrocería no le daba acceso a las tortuosas y estrechas callejuelas de Greenwich Village.

Un «Jaguar E. Coupé» de línea modernísima, color crema, dos

puertas y cuatro plazas que rodaba con facilidad a 240 km por hora.

Auténtico y magnífico bólico.

Se acomodó frente al volante tratando de librarse de aquel maremágnum de pensamientos que chocaban en su mente como olas de un mar furioso, embravecido.

Dejó Broadway a la altura de la 14 Th Street y por ésta, circulando a la velocidad moderada que exigía el fluido tráfico que a tales horas del día rodaba por las arterias neoyorkinas, ascendió por Park Avenue. En la 34 Th Street entró con un rápido viraje para internarse por el Queensboro Bridge, cruzar sobre Welfare Island, introducirse en el Queens y, pisando más a fondo, subir por Jackson Avenue y detenerse por encima de Lon Island City.

A una cuadra del 374.

Pie a tierra, recorrió la exigua distancia que le separaba del edificio, caminando sin prisa, pero tampoco despacio.

La construcción no era muy antigua, pero el reciente remozado y algunas rectificaciones en el vestíbulo le daban todavía un aspecto más moderno.

El portero, un tipo de buena osamenta al que le habían colgado más cordones y charreteras que a un almirante, paseaba distraídamente por el vestíbulo, a lo ancho, al fondo, cerca de los elevadores.

Como la figura de Melvin destacaba a medio kilómetro de distancia, el engalanado funcionario se le quedó mirando con admiración y evidente respeto, inclinándose, muy educado y ceremonioso, cuando le vio llegar a su vera.

Adams, deportivamente, llevaba ambas manos hundidas en los bolsillos del pantalón.

—Buenos días, señor.

—¡Hola, amigo! Es usted el portero, ¿no?

Si alguien le hubiese formulado semejante pregunta con aquella sorna, cuando su ostentoso uniforme delataba abiertamente su condición..., ¡vaya como le hubiera contestado!

Pero aquel caballero medía muchos centímetros y evidenciaba una musculatura de consumado *catcher*.

Por eso, muy precavido, respondí:

—Sí, señor. Y a sus órdenes.

Melvin, con una de sus sonrisas, inquirió:

—¿Cuál es el apartamento de la señora Wilkes?

—¡Oh, sí...! La señora Wilkes. Novena planta, segundo corredor, letra N. Tiene usted suerte porque hace un momento que ella ha llegado.

Y le abrió la puerta del elevador central con una nueva inclinación.

—Gracias, amigo.

—No se merecen, señor. Estoy aquí para servirle.

Se encargó también de pulsar el botón correspondiente a la planta número nueve. Segundo corredor.

Letra N.

Le dio al timbre sin demasiada suavidad.

Pronto llegó a sus oídos, amortiguado por la hoja de madera, el vivo y agudo taconeo de quién se disponía a recibirle.

Ella abrió la puerta.

—Hola, Margot, ¿qué tal?

Captó un visaje de extrañeza en sus ojos color de almendra.

—No le esperaba tan pronto, Melvin —articuló saliendo de su sorpresa.

—Por supuesto que no, Margot —dijo él, sonriendo—. ¿Puedo pasar? La mujer se hizo a un lado.

—Naturalmente. Está en su casa. Entró.

No cabía duda que Margot acababa de cambiarse y que todavía no había terminado de hacerlo. Por lo menos, la bata estaba por abrochar. Era de color verde nilo, corta.

Nada hizo Margot por enmendar el desorden de su atuendo. Quizá, en algunas circunstancias, confiaba todavía en el éxito de sus marchitos atractivos.

—Siéntese, Melvin.

Calzaba unas zapatillas doradas, con forro de piel, de tocón exagerado.

Adams se dejó caer en una butaquita que había tras una mesa ratona. Ella tomó asiento en la de enfrente.

Y un suspiro escapó de sus labios al percatarse de cómo la miraba él.

—Bueno —dijo al fin mordiéndose el labio inferior—, ¿ya ha

concluido el trabajo que le he encargado apenas hace dos horas?

Melvin, cruzando una pierna sobre la otra, sonrió con una oscuridad nada peculiar en él.

—Sí. En efecto. Pero..., juraría que está usted maravillosa, Margot.

Al querer disimular su inquietud no hizo más que manifestarla. Se removió en el fondo de la butaca huyendo de la escrutadora mirada del detective.

—¡Oh, no, de veras que no, Melvin! ¿Un *whisky*?

—Acepto.

La vio alzarse y caminar hacia un coquetón mueble con movimientos llenos de cadencia sensual, de invitación, de sugerencia.

Sí, su belleza y atractivo aún podía ser factor determinante que la ayudara a eludir circunstancias comprometidas. En opinión de Melvin, desde luego.

Regresó con un par de largos y estrechos vasos de cristal color mostaza, dejándolos encima de la mesa ratona.

Adams, con tranquilidad, tomó el suyo para llevárselo a los labios y paladear un pequeño sorbo.

Luego, bruscamente, cuando menos lo esperaba ella, preguntó:

—¿Conoces a un tal Jess Kerset? Negó con la cabeza.

—No. Jamás he oído ese nombre. ¿Por qué lo pregunta?

—Asociación de ideas, mi querida Margot —repuso con una sonrisa forzada. Para agregar tras unos segundos de silencio y tras un nuevo sorbo de licor—: No te importará ser sincera conmigo, ¿verdad?

Había iniciado el tuteo como mejor forma, en teoría, de alcanzar los derroteros de una conversación que podía ser muy difícil.

Margot nada objetó. Y siguiendo con el familiar tratamiento, preguntó a su vez:

—¿Qué quieres decir, Melvin?

El observó el contenido del vaso al trasluz.

—¡Eh...! ¡Oh, perdóname! Me había distraído. ¿Decías...?

—Precisamente que no entiendo a qué te refieres.

Fingió un rictus de asombro. Alzó ceja sobre ceja. Sus ojos brillantes, negros, inquisitivos, buscaron la tonalidad almendrada de los de ella.

—¿De veras?

—De veras.

—Cuando una persona se interesa por un objeto de arte —habló él seguidamente con negligencia, como si nadie lo escuchara— suele tener unos motivos o razones. Desear comprarlo, por ejemplo. Asegurarse de que en realidad vale lo que por su condición, material invertido y trabajo, aparenta. Hasta cabe la posibilidad de que planee robarlo. Pero... —sonrió melifluo, sin mirarla—, en ninguno de estos casos, el interés se cierne sobre el anterior propietario del objeto. Basta conocer al actual para comprar... o robar. Tú, Margot —la envolvió ahora en una mirada tan inquisitiva que ella no pudo evitar un perceptible estremecimiento—, no deseas comprar ni robar. ¿En qué estriba tu interés acerca de esa reproducción del KUM-BUM?

La mujer apuró su *whisky* de un trago. Del único bolsillo de la bata extrajo un paquete de cigarrillos, ofreciendo uno a Melvin, quien lo rechazó. No por eso dejó de acercar la llama de su encendedor al pitillo que ella había colocado entre sus labios.

Inhaló el humo con fruición, expulsándolo en densa bocanada.

—Yo, Melvin, he contratado a un detective porque necesitaba que él averiguase algo —dijo, nerviosa, de un tirón—. Si ese detective cumple, le pago religiosamente sus honorarias y nuestros tratos han terminado. No existe ninguna ley que obligue a manifestar los motivos que induce a una a tal o cual cosa. Ni al detective que trabaja para una...

—Muy legal tu razonamiento —la interrumpió con cierta brusquedad—. Pero cuando el detective que trabaja para una descubre en el curso de la investigación encomendada que ésta se relaciona... *con un cadáver de otra*, se ve en el derecho de preguntar o en la ciudadana obligación de informar a la policía. ¿Qué método te parece más adecuado en este caso, Margot?

El cigarrillo cayó de entre sus trémulos dedos.

—¿Cadáver...? —tartamudeó interrogante—. ¿Cadáver..., has dicho? Una de sus cínicas sonrisas ocupó la boca de Adams.

—Cadáver. Muerto. «Fiambre». Puedes llamarlo como quieras. Pero, en honor a la verdad, te aconsejo la palabra, desagradable desde luego, CRIMEN.

—¡No...! ¡Estás mintiendo! —Tenía el rostro lívido.

—Palabra que no, señora Wilkes —repuso con evidente sorna—. Ingrid Clarkson fue asesinada anoche. Y ella es quien recibió los cien mil dólares que un sofisticado chino hizo efectivos por la reproducción en miniatura de la residencia de lamas de KUM-BUM.

¿Me explico, Margot?

Tomó el cigarrillo medio consumido que había caído al suelo.

—No..., no lo entiendo. Ni siquiera había oído pronunciar el nombre de esa mujer antes de ahora.

Melvin Adams se puso en pie. Dio una vuelta por la estancia y volvió a encararse con ella quien, ante la enorme personalidad del hombre, pareció sobrecomerse.

—Nada de crucigramas, de... «no entiendo», «no comprende», «no sabía», «no conocía», etc. Esas frases hechas no sirven de nada. Sólo hacen perder el tiempo. ¡Sin rodeos, Margot! ¿Qué motivos tienes para interesarte por ese objeto?

Inclinó la cabeza mordiendo los labios. Apretujó la colilla del cigarrillo dentro de un menudo cenicero de cristal.

Y nada dijo. Perseveró en su silencio.

—Lo siento —habló de nuevo el detective—. Hay un teniente de la Brigada de Homicidios que me visitó antes de que tú llegaras a mi despacho, el cual arde en deseos de conocer alguna noticia que pueda servirle de pista para investigar el asesinato de Ingrid Clarkson. Thomas, es el teniente a quien me refiero, y yo, somos buenos amigos..., estuvimos juntos en la Academia de Quántico. Te doy... —Miró el reloj— treinta segundos para decidirte. Él, Thomas, estoy seguro que no será tan paciente como yo a la hora de interrogarte.

Y siguió con los ojos fijos en la esfera de su reloj de pulsera.

—¡Sí..., está bien! —exclamó ella, de repente, en aumento su excitación—. ¡Te diré lo que quieres saber! ¡Te lo diré...! ¡A los chantajistas sólo se les puede obedecer..., o matar! Yo... —Un sollozo que nada tenía de fingido, ahogó su voz, antes de agregar—: Yo jamás he pensado en matar a nadie.

—Te creo —admitió Adams, sin valerse de sus habituales ironías.

Margot, alzando sus ojos almendrados en actitud suplicante,

mostrando una expresión que era más bien un ruego, dominando su excitación, pidió:

—Siéntate, por favor.

Melvin, sin decir una palabra, pasó de nuevo a la butaca.

—Es... —no dejaba la mujer de morderse los labios, de estrujar los dedos de una mano dentro de la otra—, es una historia larga y antigua..., Melvin.

Adams, con tono afable ahora, inclinándose un tanto para acariciar las mejillas de ella, le dijo:

—No te preocupes por eso, Margot. Dispongo de todo el tiempo que tú necesites para hablarme de esa antigua y larga historia.

Asintió, empezando a resbalar por sus mejillas gruesas lágrimas.

—Mi verdadero nombre es Jordana Gilboa.

—¿Hebrea?

—Sí, mis padres lo eran. También yo. Nací en Austria el año 1918. En Branau, un pueblo situado en la provincia de la Alta Austria. No es preciso que te canse con los detalles de mi infancia, de la miseria vivida, de los horrores y persecuciones a que mi raza me sometió. Era hermosa..., todos decían que la más bella y bonita de Branau. Muchos me pretendían cuando apenas contaba catorce años e incluso trataban de poseerme mediante engaños y falacias. Así pasó el tiempo hasta el día en que llegó a Branau un hombre de mi raza llamado Moshe Bar Giora. Era alto y apuesto, había en su persona una innata arrogancia. Era alemán. Nacido en el mismo Berlín. Debería contar unos veintiséis años por entonces..., y yo acababa de cumplir los diecisiete. Recuerdo como si fuera ahora la primera vez que lo vi. Me impresionó su grandeza, su varonil apostura, sus palabras pronunciadas con suave matiz y cálida inflexión. Era exactamente el hombre cuya imagen veía en sueños una muchachita de diecisiete años. Me enamoré de él con locura. Y su voz, acariciando mis oídos, mis labios, encendió una hoguera de pasión en la que sucumbí. De aquel amar, que era para mí lo más grande del mundo, nació un niño. Franz... Así quiso que se llamara su padre para que algún día ese nombre de fonética alemana le evitara los peligrosos riesgos a que podía abocarle su condición de judío.

»Llegó el día triste en que Moshe hubo de regresar a Berlín. Les prometió a mis padres y a mí, solemnemente, que tan pronto

hubiese solucionado los problemas derivados de sus negocios en Alemania, regresaría para casarse conmigo y quedarse a vivir en Branau para siempre. Le creí. Todos le creímos.

La entereza de que hasta el momento había dado pruebas Margot Wilkes, Jordana Gilboa en realidad, se vino abajo al prorrumpir en un llanto vehemente, frenético, con ribetes de histerismo.

Melvin hizo lo imposible por calmarla. Y cuando lo Hubo conseguido, con suavidad, empleando su más persuasivo tono, preguntó:

—¿Y luego, Jordana...?

Su cuerpo se convulsionó en dos o tres espasmos coreados por hipidos y un nuevo atisbo de llanto.

—Moshe... —Se notaba el esfuerzo que estaba realizando para que sus emociones no la vencieran de nuevo—, al cabo de varios meses de su marcha, me escribió una carta. Una terrible carta, Melvin. ¡Suficiente para destrozar los sentimientos de una chiquilla que pasaba las noches implorando y suplicando el regreso del padre de su hijo! Me decía que..., ¡que estaba casado con una alemana llamada Erika Schirach! Me decía..., que lo nuestro había sido una locura, un error en el que habíamos caído por la momentánea pasión que uno despertara en el otro. ¡Momentánea pasión! Lloré, lloré..., mucho más que ahora. Hasta que mis ojos se secaron. Y al fin, sobreponiéndome, traté de olvidarlo, de vivir solo para mi hijo. Pero no pude resistir la tentación de escribirle una carta que un amigo de mis padres, un polaco que se trasladaba a Berlín, aceptó entregar a Moshe. Le puso dos sellos de aquéllos en que se veía la calavera con el gorro de los oficiales del SS, y que empleábamos...

—Sé algo de eso, Jordana. Te ruego que te ciñas a lo interesante.

—Sí..., sí, tienes razón. Pocos meses después de escribir aquella carta se presentaron en mi casa de Branau dos hombres y una mujer. Ellos se presentaron como oficiales de no recuerdo qué organismo de policía alemán. Ella..., mirándome con mucho odio, dijo ser Erika Echirach. Venían..., ¡venían a llevarse a mi hijo! Su clara amenaza de asesinarnos a todos me venció. Una vez muertos, igualmente se llevarían al niño. Después, creí volverme loca. Loca, sí. Un par de años después, a finales del 42, decidí ir a Berlín. Me sentía con fuerzas para luchar por mi hijo. Mis padres se negaron

rotundamente, y al fin, ante el temor de que cualquier noche me escapara, decidieron trasladarse conmigo a la capital de Alemania en aquellos días tan peligrosos y trágicos para el pueblo hebreo. Ocurrió lo que yo no me había molestado en pensar y que era en aquel tiempo absolutamente lógico. Fuimos hechos prisioneros y trasladados como bestias, peor que alimañas, al campo de Auschwitz-Birkenau. Sin que hubiera conseguido encontrar a Moshe y a mi hijo.

Melvin se levantó para prepararle un nuevo *whisky*, que ella bebió ávidamente.

Tras una pausa, en cuyo transcurso Adams le puso un cigarrillo en los labios y lo encendió, dijo la mujer:

—Los meses que allí pasamos fueron horribles, monstruosos. Sólo quienes allí vivieron sus postreros días saben del horror y las atrocidades que con nosotros se cometieron. Los acuerdos adoptados en la Conferencia de Wannsee[2] se estaban llevando a la práctica con aquel sádico concepto que la SS tenía de sus obligaciones. ¡Te juro que fue espantoso! Había un grupo de médicos y científicos, encabezado por el doctor Ferdinand Walter Blomberg, que se dedicaban a efectuar terribles y criminales experimentos con niñas no mayores de *diez* años. Jamás supe lo que hacían con exactitud, pero oí contar que se trataba de algo en verdad diabólico. Por otra parte, el jefe del campo, coronel de la SS Karl Guenther, era un hombre cruel, sádico, de retorcidos instintos criminales que encontraba un morboso placer en las más horribles torturas. Pero tenía además otro gran defecto que favorecía a cuántos judíos estaban en posesión de dinero, obras de arte o joyas. Era fácil comprarle y huir del campo. Mi padre, viendo que estábamos irremisiblemente condenados a muerte, sacó de un viejo arcón que siempre llevaba *consigo*, tres auténticas obras de arte que años atrás recibiera de un monje lamaísta a quien había salvado la vida. Se trataba de una reproducción, la que ya conoces, de la residencia de lamas de KUM. —BUM; de otra que representaba al GRAN BUDA de las gradas de

Yun-kang,

cuya verdadera efígie se halla en la ciudad de Tatung al noroeste de Pekín; y de una miniatura del LEON que se halla al pie de la escalinata que da acceso a uno de los templos del Palacio Imperial

de Pekín, uno de los esenciales elementos del simbolismo chino. No hace falta que te diga que las tres obras de arte valían una verdadera fortuna. Como es lógico, Guenther las aceptó más que satisfecho, asegurándole a mi padre que los tres escaparíamos el martes de la siguiente semana.

Hizo una pausa y aspiró profundamente el humo del cigarrillo.

—El mismo día en que, según Guenther, se nos facilitaría la fuga fui llevada, como cada mañana, junto con otras compañeras, a limpiar el despacho de uno de los médicos. Mientras efectuábamos la tarea, oí voces en el despacho contiguo y atisé por la rendija. La escena que estaba desarrollándose al otro lado me heló la sangre en las venas. Tras una mesa se encontraban Guenther, el doctor Ferdinand Walter Blomberg y la mujer que yo había conocido en Braunau con los que me arrebataron a mi hijo... Erika Schirach, la esposa de Moshe. Pero ahora dedicaba atenciones casi obscenas al doctor Blomberg. Mientras al otro lado de la mesa, Moshe Bar Giora y un niño..., ¡mi hijo Franz!, cubiertos de harapos, maltrechos y destrozados, observaban atemorizados a los canallas de quienes dependía su suerte. Un soldado de la SS registró los harapos con que se cubría Moshe extrayendo de ellos..., ¡la carta que yo le había dirigido tiempo atrás! Eso..., me hizo suponer que era a mí a quien en realidad había amado, pero estando sometido a la monstruosa mujer que era la encargada, ahora, de decidir su suerte. Quise entrar en el despacho y solidarizarme con ellos, morir con Moshe y Franz, pero mis compañeras me lo impidieron. Pude..., ¡pude oír cómo eran sentenciados a formar parte del grupo que aquella misma mañana sería conducido a la cámara de gas!

»Regresé junto a mis padres, deshecha. Ya no me importaba ser libre y vivir después de haber descubierto que Moshe me amaba y que él y mi hijo iban a ser ejecutados. Sin embargo, no terminaron ahí mis sufrimientos. El canalla de Karl Guenther no respetó el trato hecho con mi padre y la libertad prometida. Fueron ejecutados aquel mismo día en el que ambos habían cifrado todas sus esperanzas de vida».

Volvió a interrumpirse. Su expresión, abatida, cansada, hablaba con elocuencia de las emociones que se debatían dentro de ella. De la lucha revivida que laceraba sangrantemente su corazón.

Pasados unos minutos, Melvin Adams, un tanto sorprendido por

aquella historia que ni remotamente había imaginado, preguntó:

—¿Cómo salvaste tú la vida, Jordana?

Pese a sus cincuenta años, a los horrores vividos, a lo mucho que había padecido en una existencia siempre cruel y drástica con ella, aún existían motivos que hacían colorear las mejillas de Jordana Gilboa.

Y la pregunta formulada por el detective era uno de éstos.

—Pues... —tartamudeó la mujer— el oficial que me acompañó a los vestuarios por donde había que pasar antes de ir a lo que eufemísticamente le llamaban duchas... No quiso salir ni siquiera volverse de espaldas mientras yo me desnudaba. Dijo..., dijo que no había imaginado descubrir algo tan bello debajo de aquellos harapos. Dijo otras cosas que prefiero no recordar. Me ofreció la posibilidad de salvar mi vida a cambio de..., de ser su amante. Creo que lo pensé unos segundos. Pensé que para vengarme del asesinato de Moshe y de mi hijo, así como del asesino de mis padres, que los había mandado ejecutar luego de admitir una fortuna repartida en tres obras de arte..., para cumplir aquella venganza que empezaba a germinar en mi mente necesitaba, por encima de todo, vivir. VIVIR. Acepté la proposición del oficial, quien se valió de no sé qué medios para sacarme de Auschwitz y huir conmigo a una granja propiedad de sus padres en las afueras de Berlín. Dos días antes de la llegada de las Fuerzas Aliadas, huyó.

»La liberación, si eso era, de Alemania, fue seguida de una serie de confusiones y extrañas circunstancias. Un teniente del ejército norteamericano, a quien debí inspirarle una profunda lástima, arregló mis documentos para que pudiese trasladarme a Viena. Una vez allí y, transcurridos dos años desde el término de la guerra y sus horrores, me enteré de que existía un Centro de Documentación dirigido por un judío llamado Arí Ben Dayan. Un hombre que, al igual que yo, obsesionado por una idea de venganza, había acometido la ardua tarea de confeccionar un fichero en el que constaban los miembros más preponderantes del genocidio nazi y que se sabía con certeza que habían conseguido huir de Alemania y escapar a los pronunciamientos del tribunal de Nuremberg. Vi el historial de Eichmann, Bormann, y otros muchos tristemente famosos. Creo que mi corazón saltó de salvaje alegría al descubrir en los ficheros los nombres de Erika Schirach, Karl Guenther y

Ferdinand Walter Bloemberg. Según los menguados informes que de ellos se tenían se alimentaba la sospecha de que, como habían hecho otros, hubieran huido a refugiarse en cualquier república sudamericana donde, suponiendo que se les encontrara, la extradición era poco menos que imposible. Pero a mí no me preocupaba eso. Sólo deseaba encontrarlos y vengarme. En marzo de 1948, Arí Ben Davan se encargó de proporcionarme toda la documentación necesaria y falsa, que hasta hoy ha sufrido muchos exámenes y ha sido aceptada como genuina, para que la súbdita norteamericana Margot Wilkes se trasladara a Sudamérica.

Con un profundo y largo suspiro, Jordana interrumpió una vez más su extenso relato.

Su mirada triste, la de aquélla que se sabe finalmente derrotada, escrutó el silencioso y hosco rostro de Melvin Adams.

Tras una última chupada apagó el cigarrillo, prosiguiendo:

—Pasé cinco largos años en América del Sur. Argentina, Paraguay, Chile, Uruguay, Bolivia, Perú y Venezuela. En Uruguay, un hebreo afecto a la organización de Ben Dayan, me informó, sin demasiada exactitud, de que las personas que yo buscaba era posible que se encontrasen en Norteamérica. Y aquí me vine a proseguir mis investigaciones..., sin éxito alguno hasta el día de hoy. ¡Después de veinticuatro años, por casualidad, en una sórdida calleja de Greenwich Village, he hallado la primera pista que puede..., que podía conducirme hasta uno de los objetivos de mi venganza! ¡Karl Guenther! El asesino sádico y cruel de Auswichtz que engañó a dos pobres infelices, luego de hacerse con una fortuna. Yo..., he tratado de averiguar por mi cuenta de dónde y de quién había obtenido el anticuario la reproducción del KUM-BUM.

Ha sido inútil. Y como era tan importante para mí averiguarlo, no he vacilado en recurrir a uno..., al más prestigioso de los detectives de esta ciudad.

Un respiro, un silencio.

—La historia ha terminado —musitó finalmente.

Melvin Adams, que mientras la escuchaba había ido forjando una hipótesis del asunto, llegó a la conclusión de que el extenso relato de Jordana sólo aclaraba la postura de ella con respecto al asunto. Pero no el nexo con Ingrid..., a no ser que..., ¡claro! ¿Por

qué no? Aquel pensamiento que acababa de asaltarle podía ser absurdo, estúpido..., pero ¿por qué no realidad?

Lo comprobaría, sí.

Saliendo de sus meditaciones al tiempo que alzaba la cabeza, tropezó con el rostro lloroso, triste, de expresión abatida, con que Jordana le miraba.

—Te creo. Y te diré, con toda sinceridad, que hasta te admiro. Veinticuatro años persiguiendo una idea, aunque sea de venganza, es algo que normalmente hubiera terminado con la perseverancia de cualquier otra persona. Mereces que te haga partícipe de mis descubrimientos.

Y acto seguido, narró el resultado de sus investigaciones en la tienda de antigüedades de Víctor Elberg.

—Quiero, Jordana —dijo tras el silencio que siguió a su relato—, que me hagas una promesa.

—¿Cuál?

—La de que vas a dejar este asunto en mis manos. Cabe la posibilidad de que yo descubra lo que ha sido tu obsesión durante casi cinco lustros..., y también que aclare el misterio que rodea la muerte de esa muchacha, estableciendo el nexo que por fuerza debe unirla a ti.

Jordana Gilboa, estirando sus brazos hasta posarlos en los anchos y viriles hombros de Adams, susurró:

—Te lo prometo firmemente, Melvin. Pero..., ¿me mantendrás al menos al corriente de tus progresos?

Le sonrió él con afecto.

—Tienes mi palabra, valerosa y tenaz mujer. Prometido. Y ahora, debo marcharme. Tengo la impresión de que es grande y peligrosa la tarea, si deseo llegar al corazón de este intrincado laberinto.

Jordana recompuso su aspecto. No sólo secó las tímidas lágrimas que aún empañaban sus ojos, sino que también se abrochó la bata color verde nilo.

—Si me necesitas —le dijo él cuando llegaron a la puerta—, ya sabes dónde encontrarme. De no estar en el despacho, mi secretaria te facilitará el teléfono y dirección de mi domicilio particular. ¿De acuerdo?

Trató, y consiguió, forzar una triste y apagada sonrisa.

—De acuerdo, Melvin.

El detective, tomando el rostro de Jordana entre sus manos nervudas, lo alzó, besándole la frente.

—Hasta pronto.

Un nudo se formó en la garganta de ella, al decir:

—Adiós..., Melvin.

Y permaneció en el umbral de la puerta hasta que él desapareció por el inmediato recodo del pasillo.

CAPÍTULO VI

Melvin, después de tomar unos bocadillos en el restaurante donde solía comer a diario, se dirigió a su apartamento de Riverside Orive.

Una quinta que tenía algo de residencia y algo de *bungalow* en mezcla arquitectónica muy bien lograda, financiada con sus ingresos como mejor pesquisa de la ciudad.

Pese a todo, había que vivir. Y si se podía, lo mejor que permitiesen las tan cacareadas posibilidades económicas.

Metióse en la cocina para preparar una cafetera que, humeante, se llevó a su habitación junto con una taza de proporciones bastante mayores a las usuales para tomar aquella infusión.

Se despojó de la chaqueta, tendiéndose boca arriba encima de la cama.

Luego de apurar la taza, se sirvió otra. La acompañó con un largo cigarrillo mentolado, del que fue proyectando hacia el techo retorcidas y olorosas espirales de humo.

Repasó los hechos tratando de ordenarlos y encajarlos mentalmente.

De repente, le sorprendió encontrarse alejado de aquel confuso asunto con el pensamiento ocupado por la graciosa figura de Samantha Millard. Se confesó a sí mismo que estaba deseando verla de nuevo. Algo parecido les sucedía a los colegiales cuando se cruzaban con la compañera de estudios que por primera vez les hacía sentirse hombres importantes, enamorados..., hombres que ya debían afeitarse o por lo menos intentarlo.

—Samantha... —susurró—, deliciosa y adorable chiquilla.

El monótono y persistente campanilleo del teléfono fue como implacable verdugo que decapitaba con sadismo complacido la bella imagen de su pensamiento.

—¡Maldito Edison, maldito teléfono y maldito..., narices!

Alcanzó el auricular con imperioso gesto.

—Habla Adams. ¿A quién le duele algo? Escuchó el eco de una risita burlona y queda.

—¿Soñabas con alguna odalisca, Apolo? —le preguntaron con ironía.

—¡Soñaba con tu...! —se interrumpió a tiempo, para preguntar —: ¿Qué te cuentas, «doctor Watson»?

Roger Kendry que, a pesar de los pesares era uno de los mejores colaboradores, por no decir el mejor, de cuántos trabajaban para Adams, soltó otra carcajadita.

—Misión cumplida, señor «Poirot». Melvin casi dio un brinco en la cama.

—¡Majadero! ¿Estás de guasa?

—Si le llamas guasa al haber localizado el paradero de Rush Drake —le respondió con énfasis—, estoy de «eso».

—¡Escupe! —estalló imperiosamente.

—¡Eh, calma, mucha calma, impaciente! ¿Qué hay de la «pasta» de tío Roger?

—Quinientos.

—¡Nanay, pesquisa! He tenido que trabajar mucho y deprisa, «untar» muchas manos para soltar lenguas reacias, jugarme el tipo por esos terroríficos barrios... Mira, Melvin, por tratarse de ti, que eres mi más fiel «proveedor», te lo dejaré en setecientos. ¿Vale? Adams, que ardía en deseos de conocer las noticias que Roger Kendry andaba tan remiso, muy inteligente él, en ofrecer, aulló:

—¡Lo que quieras, chantajista! ¡Pero suelta la lengua de una maldita y asquerosa vez! La sibilina risita de su colaborador llegó una vez más a oídos de Melvin. Le oyó decir, zumbón:

—Diríase que está usted muy nervioso, señor Adams. ¿Le ocurre algo malo?

—¡Roger Kendry! —se desesperó el detective—. ¡Te juro por..., por..., por narices, que cuando te eche una zarpa al cuello te arrepentirás muy de veras de tanta idiotez! ¿Hablas..., o cuelgo?

—De sobra sabes que no colgarías, pero ante tus amenazas..., «cantaré» Rush Drake, de profesión novelista según dice él, pero sin obra alguna publicada, se halla oculto en casa de una preciosa señorita rubia llamada Diana Peel, con domicilio en... ¿Tomas nota?

—¡Tomo veneno!

—Decía que el domicilio de la señorita Peel es: Flushing Avenue, 739. Planta 17, B-1.

Eso está casi enfrente del New York Naval Shipyard. ¿Entendido, físigón?

—¡Tu tía, cerdo! —Y colgó.

Adams se puso un nuevo cigarrillo en los labios mientras meditaba.

Diana Peel... ¿No había dicho el portero del 759 de Grand Concourse Boulevard que una de las personas, de las cuatro que solían visitar a Ingrid Clarkson..., se llamaba Diana?

Sí..., era posible que Ingrid, Diana, las otras dos y Rush Drake tuvieran un nexo común que los uniera y a la vez..., ¿por qué no?, los uniera también a Jordan Gilboa.

Apagó el cigarrillo apenas encendido, saltó de la cama y dirigióse al lavabo para adecentar su aspecto. Diez minutos después, a bordo del imponente «Jaguar E. Coupé», rodaba por Riverside Drive hacia el sur de Manhattan.

Se desvió a la altura de Canal Street para cruzar la vía Broadway, internándose por el Brooklyn Bridge en aquel populoso distrito donde transcurriera su infancia.

En efecto. *Okay*. Los datos facilitados por el «tortuoso» Kendry eran exactos. Adams había pensado más de una vez en la habilidad de Roger para averiguar ciertos detalles que a él, a Melvin, precisamente por la misma insignificancia de aquéllos, le hubiese resultad® difícil esclarecer. Cuando le interrogaba al respecto, Roger Kendry, evasivo, contestaba que tenía «sus propios métodos».

Lo que fuera, sí. Correcto. Frente al New York Naval Shipyard. Flushing Avenue, 739.

Bonito y estilizado edificio de línea simple, concisa, y sus buenos treinta pisos.

Detuvo el coche delante mismo del vestíbulo, saltó a tierra, se introdujo en aquél y caminó rumbo al elevador.

Del portero, ni rastro. La siestecita sin duda. Mejor. Planta decimoséptima. Corredor uno. Puerta B.

¡Cuánto lío!

Apretó el zumbador. Una. Dos. Tres. Cuatro veces..., y nada.

Diana Peel y Rush Drake no estaban dispuestos a recibir visitas, a dar señales de vida. Peor para ellos, porque Melvin no tenía la menor intención de largarse sin verles.

Impaciente, no pensándolo un segundo más, extrajo el plano estuche de metal que solía llevar en uno de los bolsillos interiores del saco.

Como un ladrón cualquiera, quizá con superior maestría, usó de ganzúa y palanqueta.

¡Zas! Abierto.

Entrando, que es gerundio. Recibidor, pasillo, habitaciones..., cocina y baño. Una salita. El *living*.

Melvin Adams se quedó de lo más inmóvil..., puede que de lo menos sorprendido.

Junto al mueble bar una mesita ratona de estilo funcional, con un jarrón de flores plásticas y el teléfono.

Descolgado. Oscilante el auricular. Muerta.

Ella, Diana Peel, muerta. Cadáver. Flores sí pero no de plástico. Siempre vivas.

Diana Peel. Que en paz descanse. De bruces en tierra, al pie de la mesita, desordenada su áurea melena, en *deshabillé* o en «semidesnudé», para el caso...

Muerta.

De eso, no cabía la menor duda.

Melvin Adams, fruncido el ceño, avanzó unos pasos.

—¡No..., no se mueva!

Aquella voz temblaba. La del tipo que asomaba por la puerta situada casi al final del tabique izquierdo, cerca del ventanal, empuñando un revólver con mano insegura.

Lo miró el detective con una sonrisa fría. Impersonal. Pero segura. Firme. Desconcertante.

Siguió avanzando.

—¡Le he dicho..., le he dicho que no se mueva! Si..., si da un paso más..., ¡le juro..., le juro que disparo!

Siguió avanzando. Y sonriendo.

—Tonterías, amigo Drake. Usted no disparará y lo sabe mejor que yo.

—¿Quién..., quién le ha dicho mi nombre?

Melvin, como si no le diera importancia, inclinóse para

examinar el cadáver, teniendo mucho cuidado en ni siquiera rozarlo.

—Diana está hecha un témpano, ¿eh, Drake? Y usted está hecho un solemne imbécil. Guarde ese revólver y no se complique la vida más de lo que ya se la ha complicado.

Rush, sin poder ocultar el nervioso temblor que sacudía su mano armada, obedeció como un autómatas. Lo hizo, saliendo por completo al *living*.

—¿Quién..., quién es usted?

—Papá Noel vestido de paisano —contestó el detective, burlón. Y señalando con el índice a la difunta, inquirió—. ¿Cómo ha sucedido, Drake?

—Yo..., esto no lo sé. Estaba durmiendo. La noche pasada no había pegado un ojo y... Adams se acercó hasta él, tornándolo de un brazo, para arrastrarlo a una butaca vecina. Rush, como una oveja rumbo al matadero, se dejó conducir mansamente.

—Siéntese —dijo Melvin.

Lo hizo. Y el detective, enfrente.

—Le aseguro que... —empezó Rush Drake. Siendo interrumpido por el otro, que anunció:

—Mi nombre es Melvin Adams, Mi profesión, investigador privado. Sé que está usted en aprietos, amigo Drake. El portero del edificio donde vivía Ingrid Clarkson —observó el detective cómo el otro se estremecía al oír pronunciar aquel nombre— le dio a usted la llave, le vio marchar, regresar por la noche, salir de nuevo, precipitadamente, nervioso, corriendo..., a la hora aproximada en que ella murió. Igual que ésta, lo mismo que Diana Peel. De bruces en tierra, descolgado el teléfono..., asesinadas las dos. ¿Se da cuenta de lo que eso significa? ASESINADAS. Y usted, en ambos casos, es el culpable ideal, el sospechoso número uno. Si de veras desea salir con bien de este trance y probar su inocencia, en la que, dicho sea de paso, creo..., será mejor que me explique todo lo sucedido desde un principio. ¿Quiere hacerlo o prefiere que llame a la policía ahora mismo?

Rush Drake, atribulado, hundidos los hombros, caída la cabeza hasta casi rozar el pecho con la barbilla, la alzó lentamente para clavar sus grises pupilas, suplicantes, en el rostro de aquel desconocido de maneras un tanto bruscas, desenvuelto, de enérgica

personalidad.

—No... —susurró con un hilo de voz. Agregando tras unos segundos de indecisión—: Se lo ruego, escúcheme, pero no llame a la policía.

—Bien, veremos si vale la pena. Le escucho. Se mordió el labio inferior.

—Yo..., ¡le juro que no maté a Ingrid ni tampoco a Diana!

—¿Entonces...? Un momento, vayamos por partes, amigo Drake. Se supone que es usted el prometido de una mujer llamada Linda Dougan. Sin embargo, mantenía relaciones con Ingrid Clarkson, y también con Diana Peel, por lo visto. De lo contrario, ¿a santo de qué le facilitó esta protección y amparo en su casa?

—No —negó rotundamente con la cabeza—, está equivocado. No se trata de la clase de relaciones que usted imagina. Ellas y yo..., perseguíamos un mismo objetivo.

—¿Objetivo?

—Sí. Al hombre que nos causó mucho daño..., hace ya tiempo. Al hombre que mandó matar a mi padre, al que las torturó a ellas que, por casualidad, fue el mismo.

—Sus explicaciones son confusas, Drake. ¿Quiere hablar con mayor claridad? De una forma que yo lo entienda.

—Sí, sí... —Cabeceó—. Verá, ni Ingrid Clarkson ni Diana Peel, se llamaban así. Sus verdaderos nombres eran: Noemi Jaffa y Dafna Shevat.

Adams, soltando un respingo, inquirió:

—¿Hebreas?

—Sí, como yo.

¡Por fin! Ya tenía el nexo de unión entre ellas y Jordana Gilboa. Hebreas. Y Drake decía serlo también.

—Adelante, muchacho. ¿Quién es ese hombre y por qué lo buscaban?

—Doctor Ferdinand Walter Blomberg...

A punto estuvo Adams de brincar de la butaca cuando escuchó aquel nombre que poco antes oyera pronunciar a Jordana Gilboa.

Pero no pronunció exclamación alguna y siguió escuchando a Drake:

—... jefe del equipo experimental del campo de exterminio de Auschwitz-Birkenau, en el año 1943. Un..., un verdadero monstruo.

Como Otros muchos, corrompido por las ideas del genocidio nazi y tratándolas de aprovechar criminalmente al servicio de sus conocimientos médicos. Decía que era necesario matar a los «especímenes biológicamente inferiores», pero que antes había que experimentar *con* ellos a fin y efecto de obtener una superraza. Experimentaba con niñas no mayores de diez años, inyectándoles unas soluciones químicas de su invención, injertándoles carne de animales o de seres humanos de distintas razas y color. Trataba de conseguir una dualidad en la piel, una igualdad en el tono de las pupilas. Ésa era su principal obsesión. Ojos de color verde. Noemi Jaffa y Dafna Shevat fueron dos de las muchas niñas que Walter Blomberg empleó en sus ensayos de química.

—Y consiguió cambiarles el color de los ojos y dar a parte de su cuerpo un tinte negro a la piel, ¿no?

Rush, con tristeza, cabeceó:

—Sí..., así fue.

—Bien. ¿Y usted? ¿Ha dicho que ese médico ordenó la muerte de su padre?

—Sí. Los recuerdos de aquella época se confunden en mi cerebro. Hay algunas cosas sueltas que no logro coordinar por mucho que lo intento. Hay en mí una visión incoherente de los hechos de entonces. Tenía..., cerca de ocho años. Recuerdo haber vivido los primeros tiempos de mi infancia con una mujer a la que llamaba madre. Después, vino otra que también dijo ser mi madre. Y él..., su marido, aseguró que era mi padre. Moshe Bar Giora...

Melvin Adams fue incapaz, esta vez, de contener un brinco y la contundente exclamación de asombro:

—¡¡¡COMO!!! ¿MOSHE BAR GIORA?

Drake se impresionó ante la excitación del detective.

—Sí...

¡Rush Drake era el hijo de Jordana Gilboa!, pensó Adams, al tiempo que aplastaba las manos contra las sienes.

¿Qué clase de monumental y vesánico laberinto era aquél?

—Siga —musitó, dejándose caer en la butaca.

—Pues... —tartamudeó Drake—, esto; entonces me llamaban Franz. Y recuerdo, quizá con una exactitud a todo lo demás muy superior, el día en que fuimos llevados a Auschwitz y presentados a Ferdinand Walter Blomberg. Junto a él, estaba la que había dicho

ser mi verdadera madre. Erika..., se llamaba Erika. Registraron a mi padre, encontrándole una carta...

A partir de aquel instante, Adams pudo comprobar que las explicaciones de Rush Drake.

—Franz Bar Giora realmente se ajustaban con absoluta exactitud a las de Jordana Gilboa, ¡su madre!

Drake explicó cómo habíase salvado del gas letal junto con cuatro niñas en las que Walter Blomberg había efectuado sus maquiavélicos experimentos, gracias a la intervención de dos hombres que formaban parte de un grupo de *sonderkomandos*[3].

Tras una breve pausa, agregó:

—Al terminar la guerra, ellas, entre las que figuraban Noemi y Dafna, al igual que yo, fuimos llevados a cierto lugar de Viena donde varias familias hebreas habían habilitado un antiguo parador como albergue para huérfanos judíos. Dafna y Noemi, lo mismo que sus compañeras Ruth y Jezabel, se solidarizaron conmigo, nos hicimos entrañables e inseparables compañeros. No sé con exactitud los años que pasamos en el orfanato, pero recuerdo que fueron maravillosos, alegres, llenos de algo que hasta entonces nosotros no habíamos tenido ni disfrutado. Pero, como es lógico, crecimos, nos convertimos en mayores. Ellas, pese a la felicidad de aquella nueva etapa de nuestra vida, no habían olvidado los horrores de antaño..., no podían olvidar de ninguna forma por qué alguien había dejado en sus cuerpos la imborrable huella de unas manchas negras y en sus ojos un artificial color verde. En cuanto a mí, tampoco podía desterrar de mi mente la imagen del hombre y la mujer que habían mandado asesinar a mi padre. Y disponía de una pista, que quizá ya no existiera, para encontrarlos. *El sobre con los dos sellos representando una calavera que Ferdinand Walter Blomerg, tras arrebatárselo a mi padre, había guardado en uno de los bolsillos de su bata.* Sí, lo más seguro era que aquel sobre hubiese sido reducido a cenizas..., pero no dejaba de ser una remota posibilidad.

»Contaba yo veinte años cuando, junto con Ruth, Dafna, Jezabel y Noemi, nos trasladamos a Viena. Fuimos enterados de la existencia de un Centro de Documentación regentado por un hebreo... —se interrumpió—. Bueno, yo habrá usted oído hablar de la misión de esos centros. Habían varios. Allí nos facilitaron cuántos datos tenían acerca de las personas que buscábamos. También se

nos proporcionaron documentos falsos que nos convertían en ciudadanos norteamericanos y aquí vinimos en busca de nuestra venganza, de nuestro común objetivo. Trabajamos separados, por Sudamérica y Norteamérica, manteniéndonos en contacto, hasta que Noemi, en su nueva personalidad de Ingrid Clarkson, mandó que nos afincáramos en Nueva York puesto que poseía ciertos informes acerca de que Walter Blomberg y Erika Schirach se encontraban aquí con documentaciones tan falsas como las nuestras. De ello, hace cinco años.

»Una vez en Nueva York, cada uno se ocupó de obtener una ocupación que diera a nuestra vida el ritmo normal de cualquier otro ciudadano. Fueron transcurriendo los meses, los años, sin que los informes obtenidos por Noemi, de los que guardaba riguroso secreto, pese a que en más de una ocasión insistimos en que los revelara, cristalizaran en nada práctico. Reuniones, conversaciones, proyectos..., ¡y nada concreto en resumen! Hasta..., hasta que sucedió lo de ayer».

Tras un silencio de breve duración, Rush Drake, narró lo sucedido desde que la tarde anterior fuera por primera vez al domicilio de Noemi, hasta que saliera por segunda vez, aterrado, presa del pánico, al encontrarla muerta.

Las horas coincidían con lo dicho por el portero del edificio.

El hombre, seguidamente, mostró a Melvin, luego de alisarlo, el sobre recibido cuando esperaba a la muchacha en su domicilio.

Adams examinó la cuartilla y el otro sobre, el que Ferdinand Walter Bloemberg le arrebatara en Auschwitz a Moshe Bar Giora, con atención.

Rompiendo el silencio, preguntó:

—¿Cree usted que Noemi Jaffa estaba jugando sucio? Se hundió de hombros, hizo un gesto ambiguo, cansado.

—No..., no lo sé. Ya no sé qué debo creer. Al encontrarla muerta supuse estar convencido, dentro del miedo que tenía, de la inocencia de ella. Pensé en un complot, en que había sido descubierta... ¡Pensé en tantas cosas! Fui a causa de Dafna porque tenía la certeza de que cuando se descubriera el cadáver la policía sabría de mí por las declaraciones del portero. Le conté... —Eché una furtiva ojeada al rígido e inmóvil cuerpo de Dafna Shevat—, le conté a ella todo lo sucedido. Se mostró tan asustada y confusa

como yo. Sólo dijo que me quedara aquí, en su casa, de momento, hasta ver lo que publicaba la Prensa del asunto. No he conseguido pegar un ojo en toda la noche. Esta mañana, cuando Dafna ha salido para su trabajo, me ha recomendado que procurara descansar, que no temiera puesto que nadie vendría a buscarme aquí. Así ha sido, señor Adams. Debo haber dormido muchas horas porque Dafna estaba así, ¡muerta!, cuando he despertado. Me disponía de nuevo a huir cuando ha llegado usted. Ésta... —gimió—, ¡es toda la verdad!

Melvin Adams cabeceó lentamente indicando con el ademán que le creía. Se mantuvo en silencio unos segundos.

Luego dijo:

—Tengo entendido, ya le he hablado antes de ello, que usted mantiene, o mantenía, relaciones formales con la señorita Linda Dougan. ¿Es cierto?

Asintió.

—Cierto, sí Linda es una mujer excepcional. Inteligente, buena, cariñosa..., por ella siento mucho todo lo que ha sucedido. ¡Cuando sepa la verdad...!

—¿Cómo se conocieron ustedes?

—Casualmente. Hace de eso..., unos tres años. Fue en la Biblioteca del Rockefeller Center. Yo..., escribo novelas, aunque hasta hoy no he tenido demasiada suerte, y menos tendré en adelante después de todo lo ocurrido. Linda estudia Medicina. Coincidimos en la Biblioteca, ambos queríamos consultar el mismo libro... Así nació primero nuestra amistad y luego nuestro amor. Habíamos hecho maravillosos proyectos. Linda me animaba, diciendo que cuando ella terminase la carrera y nos casáramos, con el dinero de que su padre la dotaría montaríamos una editorial que publicaría todas las novelas que tengo escritas..., y las que escribiera. ¡Qué hermoso sueño, señor Adams! ¡La mayor ilusión de mi vida! Tan grande..., que casi conseguía hacerme olvidar los verdaderos motivos que me habían traído a Norteamérica.

Se interrumpió, inclinando una vez más la cabeza con gesto desconsolado, abatido, hasta puede que desesperado.

Rush Drake, Franz Bar Giora, mostraba esa expresión del ser maltratado duramente por la vida, al que tanto le importa morir o seguir viviendo.

La siguiente pregunta de Melvin Adams, tras el silencio, fue:

—¿No considera demasiado casual que Noemi, en su personalidad de Ingrid Clarkson, prestara servicios precisamente en la firma de la que es director general el padre de Linda, su prometida?

—Bueno... —sonrió desangelado—, si usted hubiese vivido y pasado lo que yo, creería en toda clase de inverosímiles casualidades, señor Adams. Noemi escribió a varias firmas comerciales que solicitaban una taquimecanógrafa. Era inteligente, de veras. Dominaba el inglés. Dio la coincidencia de que fuera la Químico Farmacéutica Dougan, Inverson & C.^o

quien ofreciera a Noemi el empleo mejor remunerado. Eso sucedió antes de que yo conociera a Linda.

—Ya, entiendo. Y..., ¿sabe usted algo de cierta joya de arte comprada por un anticuario de Greenwich Village, el cual recibió órdenes de ingresar el importe de aquélla en la cuenta corriente de Ingrid Clarkson, en el Trading Bank & C.^o?

La expresión de sorpresa que reflejaron los grises ojos de Drake, al igual que sus cejas alzadas, interrogantes, fue totalmente real.

—¡No...! —balbució—. No había oído a Noemi hablar de nada semejante. Pero..., ¿acaso está relacionado con su muerte?

Melvin Adams se encogió de hombros. Por muchas razones. Y quizá la más importante era que, por el momento al menos y mientras pudiera evitarlo, no pensaba hablar a Franz Bar Giora de Jordana Gilboa, su madre a quien el complicado y veleidoso destino incluía también en aquel extraño y confuso caso.

Mejor que ambos ignoraran siempre lo entrañable de su parentesco.

—Todo es posible —contestó al fin, evasivo.

Y sus ojos fueron a posarse en el silencioso cadáver de la mujer que había sido testigo de la conversación.

—¿Quién..., quién puede ser el retorcido criminal? Por más que me devano los sesos..., ¡no logro entenderlo! ¡No!

Adams, sonriendo fugazmente, inquirió:

—¿No ha escrito nunca novelas policíacas?

—Algunas, sí. Creo que dos o tres.

—Y, en su imaginación de escritor, ¿cómo resolvería este problema?

—Fingir la vida de unos personajes y moverlos al antojo de uno..., es muy distinto a mover los personajes reales, señor Adams.

—Pues hay alguien, amigo Drake, que está moviendo esos personajes reales que dice, incluido usted, a su criminal antojo.

—Sí..., tiene razón. Eso es muy cierto.

Se hizo un silencio, de nuevo, durante el cual, Rush Drake no pudo evitar el estremecedor deseo de que sus ojos se posaran en el inmóvil, erecto cadáver, de Dafna Shevat. Y en el siniestro auricular, que pendía sobre la rubia cabellera lo mismo que un hacha sádica.

Melvin Adams lo empleó en conectar unos hechos con otros, en dar forma a varias hipótesis, ninguna de las cuales le satisfizo por completo.

—Bien —dijo al fin—, voy a protegerle mientras me sea posible, señor víctima propiciatoria. Creo que la policía acabaría comprendiendo que usted está sirviendo de inconsciente pantalla a un diabólico criminal..., pero como en ocasiones suelen ser duros de mollera..., ¿entiende?

—Sí..., creo que sí. ¿Qué cree usted que debo hacer?

—Lo llevaré a casa de un amigo, donde es de esperar que esté seguro. Porque, sin ánimo de alarmarle, usted debe comprenderlo, hay alguien que se ha propuesto eliminar a un determinado número de personas empeñadas en una venganza.

Rush se estremeció.

—Haré..., haré lo que usted me diga.

—Bien. Antes de nada, quiero que me hable de las otras dos muchachas. Nombres y direcciones.

Drake, mientras cabeceaba con nerviosismo en señal de asentimiento, anunció:

—Ruth Canna, cuyo nombre falso es Brenda Doberman, vive en Nueva Jersey. Frente al Holland Tunnel. Es un viejo edificio de dos plantas en Hoboken Street, el número 37. Ella ocupa la de arriba. En cuanto a Jezabel Fawdzi, con el nombre de Enma Rig, reside ex River Parkway, más arriba del Bronx, número 1384, planta diez.

Melvin anotó los nombres y señas en un pequeño bloc de bolsillo y se puso en pie seguidamente.

—Aquí —dijo—, estamos de más.

—Sí...

—¿Le vio alguien llegar aquí?

—No..., no, creo que no.

—Correcto. Yo bajaré primero. Si está el portero rondando por abajo le distraeré mientras usted cruza el vestíbulo y se introduce en mi auto, un «Jaguar» que está aparcado frente al edificio. ¿Ha entendido?

Cabeceó contundente.

—Sí..., sí, como usted dice.

Melvin acercóse al cuerpo inerte de la mujer para examinarlo por segunda vez. No tardó un minuto. Luego, precediendo a Rus Drake, salió del apartamento.

Tampoco ahora dio señales de vida el portero, por lo que pudieron salir con toda tranquilidad sin ser vistos.

Víctor Elberg se sorprendió al tropezarse con Melvin y su acompañante al otro lado de la puerta.

—¿Qué ocurre, pesquisa?

—¡Déjate de preguntas ahora! —rechazó el detective colándose dentro del piso e indicando a Rus Drake que le siguiera.

Alcanzaron una amplia sala bien decorada y amueblada.

—Se trata de Rus Drake, Víctor —presentó Adams sin mayores preámbulos.

Agregando:

—Deberá permanecer oculto aquí mientras yo lo estime conveniente.

Encogiéndose de hombros, sonrió el anticuario:

—Ha tomado posesión de su casa, señor Drake.

Melvin, con rápidos movimientos, se alejó hacia la puerta, diciendo a Elberg:

—No te molestes, conozco el camino.

El otro hizo un gesto inconcreto y, se volvió hacia su intempestivo huésped. Melvin, pasillo abajo, casi tropezó con ella.

—¡Samantha!

La muchacha, ruborizada hasta la raíz de los cabellos, inclinó la cabeza musitando:

—¡Oh...! No sabía que hubieran llamado y fueras tú..., estaba en la ducha... ¡Permíteme un segundo!

—No, muñeca —habló él, reteniéndola por un brazo cuando Samantha emprendía una franca huida hacia la puerta de su habitación. Agregó Adams—: Déjame que te vea por lo menos, pequeña. Estás más deliciosa de lo que yo...

—Melvin, por favor... —imploró—, déjame vestir... Casi una chiquilla.

Adams, separándose al fin con lentitud, la miró expresivo, dando muda elocuencia a un oculto sentimiento que había nacido con sólo verla por primera vez.

—Muñeca..., ha de ser delicioso amarte. Y yo..., te amo.

—¡Melvin!

—Esta mañana te he dicho que no podía marcharme sin saber si aceptabas mi invitación de cenar juntos por la noche, ¿recuerdas?

Palpitaba estremecido todo su ser cálido, sugestivo.

—Acepto, cariño.

—¿A las diez..., entonces?

—Sí, a las diez, Melvin.

—Aprovecharé para visitar a un amigo. ¡Ah! Suelo ser muy puntual.

Y aún le ardían los labios del segundo beso que él depositó en ellos cuando la muchacha se dio cuenta de que ya la puerta se había cerrado.

La tosecita de su tío la devolvió a la realidad.

—Un tipo encantador, ¿cierto, Samantha? Suspiró con expresión llena de éxtasis.

—Cierto..., muy cierto, tío Víctor.

—¿Enamorada?

Con los ojos en el vacío, repuso:

—Desde que lo he visto...

Si la suerte lo acompañaba, Víctor Elberg se supuso emparentado con Melvin Adams.

CAPÍTULO VII

El Hudson quedaba atrás.

Se llegaba a Nueva Jersey paralelo al Holland Tunnel y...

Hoboken Street. Número 37. Un viejo edificio, de muros resquebrajados, deslucidos, acusando la humedad, causa de tales estragos.

Dos plantas, sí. Ruth Canna, hoy Brenda Doberman, ocupaba la de arriba.

Una escalera sucia que, por lo visto, algunos golfillos empleaban como mingitorio, ascendía al piso.

Peldaños inseguros y gimoteantes.

Una puerta de tinte marronáceo con huellas de cuchillos al hender en ella, chorreones de pintura y esmalte.

Llamó. Y un timbre estridente repartió su agudo campanilleo dentro de la casa. Pero no le abrieron. Y el timbre se oía bien, perfectamente.

Otra vez.

Melvin usó de nuevo los artilugios contenidos en el estuche extraplano de metal.

Allanamiento de morada y algunas cosas más que el Código tenía previstas en un párrafo y penadas en otro.

La chica no era excesivamente femenina, detallista y lo demás que suelen ser las mujeres a la hora de disponer la decoración de su pisito.

Nada de eso. Paredes empapeladas. Con tiras de papel que colgaban desde el techo.

Algo de suciedad para que el interior no desentonase del exterior.

Dos habitaciones.

Y, la tercera, al fondo, que servía de cocina, comedor, sala de estar..., y sala de morir. No era para sorprenderse.

Desde luego que no.

Trigueña. Esbelta. Bien formada. Muerta, claro.

Bajo la desvencijada mesa donde, amén de varios utensilios de menaje, estaba el teléfono.

Descolgado, claro.

Con el auricular suspendido sobre los cabellos de la víctima.

Y la cuenta ascendía a tres. Noemi Jaffa o Ingrid Clarkson, Dafna Shevat o Diana Peel... y ésta, sin duda, Ruth Canna o Brenda Doberman.

El amigo Thomas Barton iba a saltar de alegría cuando se enterara de que el asesino de las muchachas multicolores estaba dispuesto a colaborar con el capitán, comisionado y fiscal para que probaran su incompetencia.

Melvin dio tunos pasos y se inclinó para estudiar el cadáver. Como la otra, sí.

Bueno..., las cosas se iban complicando a base de bien. Aquel crimen habíase cometido en Hoboken. Hoboken pertenecía a Nueva Jersey. Nueva Jersey, separada de Nueva York por sólo unos minutos, pertenecía a otro Estado. Las autoridades neoyorkinas no tenían jurisdicción allí. Pero cuando la policía local estableciera que aquel extraño asesinato hallábase estrechamente vinculado con otros dos localizados en Nueva York, el caso pasaría a la jurisdicción del Departamento Federal: FBI.

¡Para morirse, vamos!

Melvin, considerando que nada tenía que hacer allí, decidió poner tierra de por medio antes de que le sorprendieran en tan inmóvil compañía.

La escalera seguía desierta y en la planta baja, al menos aparentemente, no vivía nadie.

Se puso al volante del «Jaguar» con rumbo a River Parkway, 1384.

No.

No le sorprendió en absoluto que el apartamento c de la planta diez del edificio ubicado en el 1384 de River Parkway, respondiera con un sepulcral silencio a su insistente llamada.

No.

Ni nada iba a sorprenderle al repetir la historia cuyo comienzo era ése, forzar la puerta. Jezabel Fawdzi era más ordenada. Y

gastaba un perfume agradable, penetrante.

Había puesto sus cortinitas, cuadros, adornos...

Había puesto el rostro en el suelo, pegado a él, para quedarse muy quieta, muy rígida, todo cadáver, teniendo cerca de sus cabellos negros el no menos negro auricular del consabido teléfono descolgado.

Tampoco estaba mal formada, porque se le adivinaban unos muslos prietos y unas caderas redondas, contundentes.

La cosa hubiera tenido gracia de no ser por los muertos, los crímenes, no es algo que precisamente estimule el sentido del humor y la hilaridad.

Por cuatro veces consecutivas el asesino había repetido la maniobra con el mayor de los éxitos.

Felicidades y plácemes para él.

Adams pensó, con una tenue sonrisa, que de seguir así, iban a construirle un cementerio a él sólo para enterrar a todas las personas objeto de su atención y posterior visita.

Noemi, Dafna, Ruth Jezabel..., examinaba el cuarto cadáver de la lista. Sin el menor síntoma de violencia. Sin la menor pista.

Cuatro teléfonos descolgados.

Un retrasado mental hubiese llegado a la conclusión de que las cuatro víctimas habían recibido una llamada telefónica antes de morir.

Una llamada asesina.

Pero algo quedaba en el aire, sí. Dando por sentado que el criminal se valía del teléfono para perpetrar los asesinatos..., ¿cómo desaparecían después las pruebas, los síntomas, como en el caso de Ingrid o Noemí, cuya autopsia y análisis revelaba la existencia de un veneno...?

Se dio una palmada en la frente.

¡Claro! El asesino regresaba al lugar del crimen preparado y consumado con la llamada para borrar huellas. No había otra explicación.

Pero..., algo no encajaba. No. ¿Por qué el asesino dejaba el teléfono descolgado? Eso era una evidencia. Y sin embargo, si la teoría era acertada...

—¡Al diablo, maldita sea! —exclamó Melvin, apretando los puños y pegándolos al cuerpo.

Observó por última vez el cuerpo sin vida de Jezabel Fawdzi, una de las cuatro mujeres que ansiaban vengarse de quien las había torturado con científico sadismo.

Piel negra y ojos verdes.

Abandonó el apartamento procurando que ningún vecino ni el portero se percataran de su presencia y retuviesen su descripción física, cosa sencilla dada su extraordinaria estatura.

Sentado al volante, engarfió sus manos sobre éste.

Y se confesó a sí mismo que estaba más confuso y desorientado que al principio.

Cuatro mujeres muertas por el procedimiento de la llamada asesina establecían, sin duda, un mismo y único asesino. Las cuatro estaban relacionadas con Rush Drake y, a través de Noemí Jaffa, también con Jordana Gilboa quien, sorprendentemente, resultaba ser la madre de Rush.

Jordana..., una mujer que había dedicado todo su esfuerzo a la misma venganza que pretendían Ruth Canna, Dafna Shevat, Jezabel Fawdzi, Noemí Jaffa y Rush Drake.

¿Dónde estaba la clave?

Puso el auto en marcha mientras se decía a sí mismo que la única pista lógica, la quimérica posibilidad de dar con la solución, estribaba, como ya había pensado, en visitar al relevante *boss* Jess Kerset y solicitarle «amablemente» información sobre la persona por cuya cuenta negociara con Víctor Elberg.

Si por ahí no se conseguía nada, él y Thomas Barton podían irse buscando un pisito confortable en la parte más sur de Australia.

Okey.

Se detuvo frente a una cabina telefónica y, sin darse a conocer, brevemente, comunicó al policía encargado de la centralita las direcciones en donde encontrarían trabajo con que entretener sus ratos de ocio.

Hizo hincapié en que informaran a los colegas de Nueva Jersey con respecto a lo de Hoboken.

Misión cumplida.

Llamó a Laura, quien de entrada le habló de nuevo sobre el matrimonio, las ventajas de tener hijos y otras cosas que aun viniendo al caso sería de mal gusto detallar; también de lo enamorada que estaba de él y de que, pese a no estar casados, podía

dejarse caer aquella noche por su apartamento.

Melvin no le dijo que de verano, pero lo pensó.

Finalmente, la explosiva y exuberante pelirroja, de imponente y escotado jersey amarillo, como noticia de segundo orden y poca importancia, le dijo que el teniente Barton había llamado unas diez o veinte veces, más o menos.

—Me pondré en contacto con él enseguida —mintió Adams, que no pensaba hacer tal cosa. Y siguió mintiendo al despedirse con—: Procuraré que nos veamos esta noche, linda.

A lo que Laura Queen, con un tono que casi encendió el hilo telefónico, repuso:

—Te esperaré, tarzán.

Era aconsejable que lo hiciese sentada, aunque de seguro que ella lo haría tendida. Y no dejaba de ser un consuelo el que a las damas, la mayoría se entiende, no les creciera la barba.

Melvin colgó.

Durante unos segundos se mantuvo dubitativo con respecto a ponerse en comunicación con Thomas Barton.

No.

Era mejor como lo había pensado. Tendría que extenderse en explicaciones y más explicaciones que, al fin y al cabo, por el momento, no iban a servir para esclarecer en lo más mínimo los confusos problemas del teniente.

Y los de Melvin Adams, detective con sustanciosa tarifa en vigencia quien, por esas paradojas del Destino, se hallaba frente al más complicado de todos los casos que se le plantearan en su carrera profesional y que, ¡nueva paradoja!, intentaría esclarecer sin que nadie le abonara un miserable dólar por sus servicios.

La vida, chico, la vida.

Puso el «Jaguar» en movimiento, pensando en que a las diez...

CAPÍTULO VIII

Un lujoso y brillantemente iluminado *night-club* el que regentaba Jess Kerset, *boss* de moda en la parte sur de Manhattan.

Además, LOWE BLUE le servía de cuartel general.

Muy romántico: AMOR AZUL. Sede de un canalla y sus cortesanos que apenas si entendían bien el amor animal, instintivo.

El que en aquella clase de fulanos podía despertar una criatura como Samantha Millard, deliciosa, fragante, juvenil, resplandeciente y hermosa como nunca en el vestido de noche sin mangas, de abierto escote, que se adhería a su piel justo por encima de los firmes senos.

—No me sentía tranquila con esos hombres en el coche, Melvin.

Samantha se refería a los tres pistoleros que prácticamente la secuestraran junto con su tío y que, tras recogerla, Adams había pasado a «retirar» apelotonándolos en la parte posterior del coche, donde seguían sin novedad.

—¿Quién puede pensar en ellos estando junto a ti, muñeca? Eres un precioso fruto que ningún hombre merece arrancar del árbol de la vida.

—¿Tienes estudiadas todas esas galanterías?

—No. Me las inspiras tú, hermosa.

Tomaron asiento a uno de los veladores (el más oscurito y no es que la sala central estuviese en exceso iluminada) que se hallaban repartidos en la vecindad de la pista.

Llegó el camarero, solícito, retirándose con el encargo de servir dos «manhattans».

Hablaron de cosas intrascendentes mientras Melvin estudiaba la distribución del local y captaba la presencia en él de varios individuos que, pese al *smoking* y la pajarita, no podían disimular su condición de pistoleros y *killers*.

Mientras, pensaba en cuatro asesinatos, en una llamada

telefónica precediéndolos, en Jordana Gilboa y su hijo Franz Bar Giora.

¡Y todo había empezado veintitantos años atrás! Prueba palpable de lo complicada que era la vida.

—No has contestado a mi pregunta, cariño. Parpadeó.

—¡Eh...! ¡Oh, discúlpame! He creído ver a un amigo. ¿Qué decías? Torció su boquita de húmedos y rojos labios.

—Que sí puedo creer que estás enamorado de mí.

Una chiquilla, sí. Con espontaneidad. Gracia. Sencillez. Con una belleza deslumbradora. Contestó con la verdad, con lo que sentía por ella:

—Sí. Te amo, Samantha. Y espero darte hechos y no palabras que demuestren esa verdad. Nos casaremos...

—¿Cuándo, Melvin?

Los ojos del detective estaban clavados en la silueta del elegante caballero que paseaba por entre las mesas repartiendo sonrisas, inclinaciones y saludos.

Jess Kerset.

—Samantha, cariño, tengo algo muy urgente que hacer. No te muevas de aquí hasta que yo regrese, tarde lo que tarde.

—Sí..., pero...

No la oía porque estaba ya lejos de la mesa.

Melvin, con naturalidad, sonriendo, se situó a la derecha del caballero atildado, diciéndole:

—Jess, a dos centímetros de tus riñones, oculto en mi bolsillo, está el cañón de una «*Parabellum*» del nueve larguísimo que dispara unos «pepinos» capaces de conseguir que tu fulana cobre el seguro de vida que a tu defunción debe percibir. Me entiendes, ¿verdad? Pues entonces, sin más preámbulos, sigue sonriendo como si estuvieras muy contento de ver a «tío» Melvin y caminamos hacia la salida. Una vez allí, vamos a la zona de aparcamiento. ¿Está claro?

Jess Kerset, delgado, de pómulos salientes, facciones hoscas, expresión cruel, que se acentuaba en la mirada de sus ojillos de sucio color pardo, sonrió con toda la forzada amplitud que le permitía su boca de labios gruesos y largos.

—Sí, claro, «tío» Melvin. Pero te la estás jugando, ¿eh?

—¡Narices, aprendiz de Capone! El único que se la juega eres tú.

Y no olvides que como vea acercarse a uno de tus perros de presa..., te vacío el cargador del nueve larguísimo dentro de tu lindo cuerpecito. ¡Andando!

Sin dificultades, sin contratiempo, llegaron al lugar donde Adams había estacionado su espléndido «Jaguar».

Extrayendo la automática del bolsillo para que Kerset tomara buena nota de que aquello no era una broma, lo empujó al interior del vehículo.

—Cruza las manos sobre la nuca, *boss*. Te sentirás más cómodo. Y ahora, da un vistazo a los amigos que tengo ahí detrás.

Lo hizo, mirando al trío apelotonado, atado y sólidamente amordazado.

—Si me has hecho venir para esto, pesquisa, siento decirte que no los conozco.

—*Okay*, jefe. Como eres un hombre de palabra, te creo. Ahora, guapo, escúchame con atención porque voy a relatarte una espeluznante historia.

Lo hizo. Refiriéndose exclusivamente a lo relacionado con la transacción entre él y Víctor Elberg.

—No sé de qué me hablas —repuso indiferente Jess Kerset, luego de escucharle. Melvin Adams, a quien después de lo mucho que le había sucedido aquel día, empezaban a fallarle los nervios y le acuciaba la necesidad de obtener cuanto antes evidencias concluyentes, no se anduvo con remilgos.

La culata fue a estrellarse sobre la aquilina nariz del *boss*, con chasquido macabro. Sangre.

—¡No sé nada! —aulló furioso, sintiendo que un chorro de viscoso líquido inundaba su boca.

Segundo culatazo.

—Jess Kerset, te doy mi palabra de honor acerca de la predisposición que me anima a machacarte el rostro, a convertirme en una piltrafa si es preciso, si antes no me das el nombre de ese individuo. Sólo quiero su nombre y te dejaré tranquilo. Incluso no te mencionaré a ti cuando la «bofia» investigue de lleno cuatro asesinatos, CUATRO, en los que puedes verte involucrado. Unos segundos de silencio.

—Está bien... —dijo con ronco acento, limpiándose la fluida catarata de sangre con las manos—, te lo diré. ¡Más te juro que vas

a lamentar...!

—Ya basta, Kerset. —Adams, ominosamente, alzó la automática por el cañón mostrando la terrible culata—. ¿Se llama...?

—¡Vincent Lasky! —Escupió entre hilillos de sangre.

Melvin Adams, durante unos instantes, se quedó atónito, estupefacto. Había dicho... *Vincent Lasky...*, y el *director comercial de la Química Farmacéutica Dougan, Iverson & C.^o*, de quien Noemi, bajo el falso nombre de Ingrid Clarkson, había sido *secretaria*.

Pasados aquellos segundos de estupefacción, Adam se movió con la meteórica rapidez de aquél cuya vida dependiera de un segundo..., de una décima de segundo.

La culata, ahora, estrellóse contra la nuca de Jess Kerset, violentamente.

Puso el vehículo en marcha con fulgurante maniobra, saliendo del aparcamiento para dirigirse a un punto oscuro del amplio jardín que rodeaba al LOWE BLUE.

Había dejado de importarle el que los tres hampones que encontrara en la tienda de Víctor fuesen o no del *racket* de Kerset. Aquéllos y éste fueron arrastrados hasta un núcleo de arbustos y escondidos lo mejor posible.

Demasiada oscuridad para que los descubriesen autos de un par de horas.

De nuevo al volante regresó frente a la entrada del *night-club*, saltó a tierra, penetró en la sala de fiestas y, tras abonar la consumición, volvió al «Jaguar» llevando con él a una Samantha Millard, sorprendida, confusa, que no hacía más que formular preguntas a las que Melvin no respondía.

Apretó el acelerador con una presión suicida.

—¡Pero, Melvin, amor...! ¿Qué te ha sucedido?

—Luego, pequeña, luego —respondió con el ceño fruncido, puesta su atención en el asfalto—. Es una larga historia.

Pisó bruscamente el freno ante las cristaleras de un *snack* en el cual entró con la única intención de consultar el anuario telefónico y obtener un domicilio.

Dyckman Park Avenue, 620. Éstas eran las señas de Vincent Lasky según figuraban en el listín.

De nuevo al «Jaguar». Reanudando la marcha a una velocidad

que hizo a Samantha desorbitar de espanto sus preciosos ojos de tonalidad violácea.

Melvin Adams, un desconocido en realidad, del que estaba rabiosamente enamorada, conducía aquel bólido que muy bien podía ser un seguro pasaporte hacia la muerte.

Y pese a todo, Samantha, en el fondo de su alma, de su juvenil y ardiente corazón, suponía maravilloso morir junto al hombre amado.

Sin apenas haberse amado, sí.

¿Acaso había habido tiempo para el amor?

Pero Melvin Adams, el fantástico desconocido, el hombre arrollador que en un segundo despertara sus instintos de mujer, demostró ser hábil también en el manejo del volante.

Porque alcanzaron la zona residencial de Dyckman Park Avenue sin siquiera un frenazo. El 620.

Una residencia de agradable estilo arquitectónico, de una sola planta y cuidado jardín de regulares proporciones.

Antes de que su pie derecho oprimiera el freno, Melvin captó la presencia de varios vehículos cuya apariencia, para el más lerdo, era inconfundible.

Coches patrulla de la policía.

Se detuvo tras el último de ellos y saltó a tierra, rodeando el auto para abrir la portezuela y ayudar a Samantha a apearse.

Un guardia uniformado les salió al encuentro.

—No se puede pasar, señores.

—Me llamo Melvin Adams y soy detective privado. ¿Qué ha ocurrido?

—Un asesinato —respondió escueto el «cop».

—¿Es el teniente Barton quién está al frente de las investigaciones? Arqueó las cejas el policía.

—¿Cómo lo sabe?

Melvin le miró con elocuente fijeza.

—Déjese de adivinanzas y lléveme con él si es que quiere jubilarse en el honroso Cuerpo de la Policía Metropolitana.

Asintió, sin poner ya más reparos.

—Sí..., Sí, señor. Sígame.

Los muchachos de Thomas Barton evolucionaban por la sala dejando flamantes evidencias de su actividad.

En sendos sillones se hallaban sentadas dos mujeres, una de ellas bastante joven, y un hombre de edad aproximada a la otra mujer.

Taciturnos los tres, cabizbajos.

En el ángulo izquierdo, tendido de bruces a los pies de una mesa regia, de complicadas molduras, un hombre con batín de seda granate, encima de cuya rapada cabeza, colgaba, ¿cómo no?, el auricular de un teléfono.

No. Adams no tuvo dudas con respecto al nombre del cadáver, y lo que es más, con respecto a su verdadera identidad.

Vincent Lasky... *Karl Guenther* el año 1943 *allá, en Polonia, al frente de un criminal complejo instalado en Auschwitz-Birkenau.*

Ya, ya empezaba a coordinar. A establecer la debida relación entre los personajes de aquella trágica comedia.

—¡Melvin! —estalló Thomas al serle comunicada la presencia del detective—. ¡Pero...! ¿Cómo diablos has llegado hasta aquí?

Adams presentó a su acompañante.

—Es largo de explicar, Thomas. Antes, necesito saber lo ocurrido aquí. Aunque me hago una idea, desde luego.

El teniente de la Brigada de Homicidios, haciendo un esfuerzo por ocultar la excitación y nerviosismo que presidían sus actos, anunció:

—Mira, Melvin, en poco rato te he llamado doscientas veces a tu despacho y otras tantas...

—Lo sé, Thomas, lo sé —le atajó el detective con ademán conciliador. Agregando—: Esta mañana has solicitado mi ayuda y te garantizo que he trabajado de firme en el asunto, efectuando importantes descubrimientos. Pero para evitarnos las explicaciones innecesarias, es mejor que hables de lo sucedido...

—¡Lo sucedido, lo sucedido! —estalló exasperado—. Lo sucedido son cinco asesinatos con éste y...

—También lo sé:

—¡Basta ya, Melvin! ¡Esto es asunto mío! No te necesito. Déjame arreglarlo...

—Tú sabes mejor que nadie, Thomas, que no vas a solucionar nada. Y en lo tocante a que es asunto tuyo, no olvides que tú me has mezclado en él. ¿Qué ha sucedido aquí?

Thomas Barton suspiró, dejando caer los brazos a lo largo del

cuerpo.

—Bien, de acuerdo. El muerto es Vincent Lasky. Uno de los criados de la casa descubrió el cadáver hace un par de horas. Las que yo llevo aquí, aproximadamente. ¿Y por qué? Porque al registrar su despacho los chicos han hecho un sorprendente descubrimiento.

—¡Oh, ya, un descubrimiento! —Pareció burlarse el detective—. Un documento que prueba la verdadera identidad de Lasky, ¿no? Karl Guenthert, exjefe del SS.

Barton, en lugar de asombrarse, musitó con una zorruna sonrisa:

—Ya veo, pesquisa, que te has movido rápido, ¿eh? Pero te has quedado algo cortito, ¿sabes? Ese documento, no sólo prueba que Lasky era quien tú has dicho, sino que prueba también que Leonard Dougan, director general de la empresa donde aquél trabajaba..., es *Ferdinand Walter Blomberg, investigador médico alemán que se distinguió en Auschwitz por su sádico celo profesional*. Y prueba también, mi querido detective, que su esposa, Roberta Bamblex, es en realidad... *Erika Schirach, destaca militante femenina del SS alemán*... ¿No te sorprendes, detective?

Sí, en verdad, Melvin Adams estaba sorprendido. Y mucho más Samantha, que no entendía ni una palabra de aquel espantoso galimatías.

—Por supuesto, teniente. Ya veo que eres un hombre de grandes recursos. Aunque..., cuando has pasado esta mañana por mi oficina, no lo parecías. ¿O es que acaso, en un arrebató de modestia, disimulabas?

Al teniente se le enrojecieron las mejillas igual que a una niña recién salida de un colegio de hermanitas al escuchar el primer piropo.

—No dejas de ofender cuando puedes, ¿eh? Pero esta vez, no me importa. Ya tengo al asesino, ¿oyes bien?, AL ASESINO. Y sin ayuda de ningún «Holmes» pretencioso.

—Enhorabuena, teniente. Pero ¿te importaría responder a dos preguntas? Barton, sonriendo con suficiencia, dijo:

—No. Puede usted preguntar, caballero.

Melvin, paseando sus ojos por la estancia y deteniéndolos en cada una de las personas que la ocupaban, los centró finalmente en la faz del policía, preguntando:

—¿Cuál es la naturaleza del documento que habéis hallado en el despacho de Guenther..., y quién es *tu asesino*?

Barton, amplió la sonrisa, captando la burla que Adams había puesto en el final de su doble pregunta.

—El documento —dijo— hallado en un doble fondo del primer cajón de la derecha del escritorio de quien suponíamos Vincent Lasky... —hablaba con reticencia, con esa premiosidad con que algunas personas recalcan sus triunfos—, ¿me sigues?, es algo así como un contrato privado entre el difunto Karl Guenther, el doctor Ferdinand Walter Blomberg y Erika Schirach. En él, estos dos últimos reconocen su condición de alemanes, sus nombres verdaderos y admiten, firmando y rubricando al final, que la entidad Químico Farmacéutica Dougan, Iverson & C.^o

es una razón social cuyos propietarios son únicamente ellos tres y que el dinero invertido en la formación de esa industria procede de la venta de joyas y objetos de arte, propiedad de Karl Guenther, obtenido..., eso es eufemístico por supuesto, obtenido de sus grandes servicios al III Reich. Imagino... —Barton siguió sonriendo mientras miraba abiertamente a su amigo— que ese documento tenía la finalidad de proteger a Guenther contra cualquier traición por parte de sus compatriotas y socios. Ellos tienen otro similar, que les protegía a la vez contra cualquier mala jugada de... —Giró los ojos hacia el cadáver— «ése». Como comprenderás, a la vista de tan importante hallazgo, me he tomado la molestia de invitar al doctor Leonard Dougan y a su distinguida esposa Roberta Bamblex, así como a su hija la señorita Linda Dougan. Allí los tienes... —apuntó con el dedo índice de la diestra a las dos mujeres y al hombre que se hallaban sentados en los amplios sillones del fondo, taciturnos, cabizbajos, y en los que Melvin ya reparara al entrar. El teniente siguió diciendo—: Aunque no están casados legítimamente, la muchacha es hija de ellos. No la creo involucrada en el asunto porque su desesperación al conocer parte de esta horrible verdad, su juventud y sus estudios, la habrán mantenido ajena a los turbios manejos y criminal pasado de sus progenitores. ¡Ah! En cuanto a *mi asesino*, ¿qué duda cabe con respecto a su identidad? Ferdinand Walter Blomberg, o Leonard Dougan si lo prefieres, excelente científico, aventajado médico..., muy capaz de cambiar el color de

los ojos de una mujer, de hacer surgir en su piel enormes manchas negras..., *y muy capaz de inyectarles paradistrina sin dejar huellas*. ¿No me felicitas, detective?

Melvin Adams, con una sonrisa que turbó la seguridad y jactancia de Barton, susurró, inclinándose hacia el oído de éste:

—Debería permitir que el capitán, el comisionado y el fiscal, demostrasen tu incompetencia, tu candidez, tu ignorancia y tus escasas condiciones de policía. Cuando te quede un rato de tiempo busca en el diccionario la palabra jumento, y luego, di varias veces: «Soy un jumento de tamaño natural», «Soy un jumento de tamaño natural»...

—¡Melvin! Te prevengo que no estoy dispuesto a...

—Thomas Barton, te prevengo que estoy dispuesto a demostrarte que estás en un gravísimo error —le atajó el detective con cierta dureza. Inquiriendo con fingida suavidad—: ¿Te importa que pasemos a otra dependencia de la casa en donde pueda interrogar con tranquilidad a los miembros de esa familia? Sin más policías que tú. ¿De acuerdo?

Mucha era la confianza que el teniente tenía en su amigo y por ello accedió. Aunque quiso patentizar que no la hacía de buen grado, al exclamar desabrido:

—¡Sea, físgón! Y no sé por qué me decido...

—No perdamos tiempo en razonamientos estúpidos que ni a ti te convencen, cabezota. ¿Vamos?

El criado que hacía las veces de mayordomo, a quien Barton había ordenado permanecer junto a la puerta por si le necesitaban, se encargó de acompañarles a otra estancia, más espaciosa que aquélla en donde había muerto el dueño de la casa, amueblada con moderna sobriedad.

Los componentes de la familia Dougan entraron sin despegar los labios, sin alzar la cabeza.

Al fondo, un amplio ventanal sustituía a la pareció. Tras las entreabiertas puertas, una balaustrada de piedra asomaba a escasos centímetros por encima del jardín, al cual conducían tres anchas escalinatas de mármol.

La suave brisa procedente del exterior mecía rítmicamente unos vaporosos cortinajes blancos. Cerca de ellos, una mesa ovoidal, dos sillas y dos butacas a su alrededor.

Melvin, avanzando unos pasos, al tiempo que Samantha y Barton hacían lo propio, dijo a los otros tres.

—Siéntense. Obedecieron sin romper el sepulcral silencio que les encerraba con sus pensamientos.

Adams los estudió detenidamente.

Ferdinand Walter Blomberg era de mediana estatura, cabello pajizo, ojos azules, facciones duras, piel ajada y labios muy finos, que al pegarse formaban una línea excesivamente recta, cruel.

Vestía con cierta elegancia.

—Ha caído la máscara, doctor —empezó Melvin, dando unos cortos paseos frente a él—. Todos sabemos la verdad, la sucia verdad de un pasado sangriento, criminal, que ha conseguido ocultar durante muchos años. Pero la justicia existe, aunque los canallas como usted lo duden. De todas formas, doctor, no sé qué motivos Eje impulsan a creerle inocente de esos cinco originales asesinatos. Para ello bastará que me diga una cosa. Que conteste a una pregunta...

—¡No digas nada sin estar presente un abogado, Ferdinand! —Tralló la mayor de las mujeres con expresión contraída, ruin.

Erika Schirach, no cabía duda, era persona de torcidos sentimientos. Cruel. Pese a ello, en su físico se adivinaban vestigios de una belleza deslumbrante, pérfida sí, que debió haber resultado trágica para más de un hombre. Moshe Bar Giora, por ejemplo. Sus ojos eran grandes, irisados, escrutadores. Y su boca, de rictus despótico ahora, estaba formada por unos labios que debieron poseer un suave y cautivador trazo.

Mirándola fríamente, le habló Adams:

—Esto no es una novela ni una película de *suspense*. Es la vida real, Erika. ¡La vida! Donde se cometen canalladas, donde se sucumbe a las bajas pasiones, a la mezquindad y a las más abominables vesanías. ¡Ni mil abogados serán suficientes para librarles a ustedes dos del castigo que les aguarda! ¡Sólo un abogado, LA VERDAD, puede hacer algo en su favor! Ferdinand Walter Blomberg... —Sus inquisitivos ojos negros regresaron al rostro del médico alemán—, escuche mi pregunta con atención y procure por su bien que la respuesta sea cierta, veraz —hizo una pausa, intencionada, antes de preguntar:

¿Dónde guardaba usted el sobre que le arrebató a Moshe Bar

Giora en Auschwitz, Birkenau, antes de sentenciarlo a muerte..., y quiénes tenían acceso al lugar?

Pareció que los delgados labios del hombre se entreabrían para ofrecer una respuesta, pero no llegó a darla.

Porque su hija, Linda, de repente, estalló en un ataque de histerismo. Alzóse de la butaca clavando las uñas de ambas manos en su rostro juvenil y terso, agradable, al tiempo que entre sonoros suspiros y agitada respiración, gritaba jadeante:

—¡YA BASTA! ¡NO SIGAN MAS..., *YO HE COMEDIDO ESOS CRÍMENES!*

La estupefacción de cuantos se hallaban en la sala, exceptuando a Melvin, fue genuina.

Entretanto Linda, dando saltos de un lado a otro del ventanal, sin dejar de clavarse las uñas en el rostro, produciéndose sangrientos surcos, seguía gritando, como una posesa:

—¡QUERÍA SALVAROS..., QUERÍA SALVAROS..., AAAAAH..., AAAAAH...!

Y miraba a sus padres con los grandes ojos negros casi fuera de las órbitas, enrojecidas las córneas, desencajadas las facciones.

—¡QUERÍA SALVAROOOOS, SIII, QUERÍA...!

Brusca, inesperadamente, una nueva voz, procedente de los cortinajes que cubrían el amplio ventanal, tralló:

—¡Maldita imbécil! ¡Estúpida...! ¡Lo has echado todo a rodar...! ¡Muere, pues, puerca asquerosa!

Y antes de que nadie pudiera darse cuenta de lo que sucedía, dos balazos, secos, atronadores, repartieron su eco por el interior de la estancia.

—¡AAAAAAH!

El grito fue agónico. Espeluznante.

Linda Dougan trastabilló. Sus manos cayeron del rostro a la garganta. De ésta sobre los senos, tratando de contener los orificios que escupían borbotones de sangre.

Un último y patético gesto precedió a su caída, lenta, estremecedora, acompañada de agónicas convulsiones.

Muerta. Rígida en tierra. Muy abiertos los ojos vidriosos, cual dos pedazos de transparente cristal clavados en el techo.

Adams y Barton, que ni remotamente había previsto semejante desenlace, anduvieron remisos a la hora de buscar sus armas.

—¡No se muevan..., o lote acribillo! —ordenó de nuevo la voz

—. ¡Se castiga igual al que mata una que cien veces..., y el que pestañee se contará entre esos cien!

Melvin, lo mismo que Thomas y Samantha, estaba inmóvil. Ella, aterrada. Porque jamás había pensado que en realidad pudieran suceder cosas tan terribles, tan monstruosas.

Ferdinand Walter y Erika Schirach habíanse quedado petrificados, sin expresión, igual que dos muertos vivientes, contemplando el siniestro cadáver de su hija.

El terrible castigo del Destino.

Avanzó hacia el interior de la estancia el inesperado asesino, el ser diabólico que había manejado con criminal cerebro a los trágicos protagonistas de aquella sangrienta representación.

Empuñando con mano firme un revólver.

Llameantes sus ojos grises, satánica la expresión de su rostro.

Así les miraba alternativamente y a la misma vez... ¡*Rush Drake, en realidad Franz Bar Giora!*

—No podía ser de otra manera, canalla —musitó el detective con voz que vibraba de impotencia—. Lo sospechaba..., negándome, no obstante, a concebir una verdad tan monstruosa.

—¡Cierra la boca, Adams! —Escupió el otro. Y mirando a Samantha con Ojos llameantes, ordenó—: ¡Ven a mí, muñeca! ¡Rápido!

—Haz lo que te dice, Samantha —le indicó Melvin en tono suave, tratando de infundirle confianza.

Pálida como la cera, tembloroso su cuerpo cimbrenño, avanzó hasta situarse junto al asesino quien, rodeándola por la cintura, la exhibió como escudo, amenazando:

—Si alguno de ustedes intenta el menor gesto de rebeldía, la chica caerá con la espalda atravesada. ¡No lo olviden!

—¡Pero...! —exclamó mecánicamente Thomas Barton—. ¿Quién es usted...? Una carcajada gutural, sardónica, llenó de tétricos ecos la estancia.

—Soy Rush Drake, polizonte. O si le parece mejor, Franz Bar Giora...

Se abrió entonces la puerta y penetraron en tromba varios agentes de la Brigada de Homicidios.

—... ¡Díales que se detengan, teniente! ¡Que lo hagan o mato a la muchacha!

—¡Quietos! —bramó a su vez Barton. Agregando—: Poned las manos en lugar visible y no intentéis nada.

Obedecieron.

—Así, así está bien, teniente —la sonrisa y la mirada de Rush Drake era la de un loco homicida, de un perturbado a quien el matar no importaba lo más mínimo. Y clavando ahora sus ojos en Adams, dijo con satisfacción sádica—: Te he ganado la partida, pesquisa. Mi papel de chico bueno y tímido te ha convencido de mi inocencia..., y convencido seguirías de no ser por esa bruja estúpida.

Indicaba con la cabeza el cadáver de Linda Dougan.

—Estás equivocado, Drake —habló Melvin, cuyo mayor interés consistía en distraerlo, en hacerle caer en un relato en cuyo transcurso podía esperarse una posibilidad de salvar a la aterrada e inocente Samantha, a la mujer que, ahora tenía la certeza, amaba como jamás lo hiciera. Agregó, pues—: Luego de encontrar el cuarto cadáver, empecé a sospechar de ti. Estaba resultando muy extraño, significativo, que murieran cuantas personas trataban de vengarse de Ferdinand y Erika..., menos tú, menos el cerebro rector de la diabólica comedia. Tenías miedo a que arruinara tu filón de oro, ¿verdad?

Rió sádicamente el de los ojos grises, aplastando el cañón del revólver, con más fuerza, contra la espacia de Samantha.

—Sí..., estás en lo cierto, pesquisa. ¿Te gustaría conocer la historia? —Rush Drake o Franz Bar Giora, en su criminal delirio, mordía el anzuelo tendido por Adams. Deseaba demostrar su privilegiada inteligencia de asesino—. ¿Te gustaría?

—Por supuesto, canalla.

Walter Blomberg y Erika Schirach parecían no poder huir de la hipnótica, pétrea inmovilidad, que los mantenía con las miradas fijas sobre el cuerpo sin vida de la muchacha.

—Te lo explicaré todo, te lo explicaré —dijo Rush, asomando por la comisura de sus labios una espuma blanquecina—. Mi suerte empezó al conocer a Linda, amigo. Y aumentó aquel día en que nos quedamos solos en su casa..., cuando, por curiosidad, mientras ella preparaba la merienda, se me ocurrió revolver los cajones de la mesa de escritorio del que suponía honorable doctor Leonard Dougan. Encontré..., encontré una fotografía. Hecha en una

estancia que había quedado grabada en mi mente de forma indeleble. El despacho que Ferdinand Walter Blomberg tenía en Auschwitz. Con fotografías del Führer... En un segundo, comprendí la realidad. Pero soy inteligente, amigo Adams, muy inteligente. ¿Qué ganaba con decir la verdad a las cuatro estúpidas de ojos verdes que sólo soñaban con matar a Walter Blomberg? ¿Acaso iba a devolverle la vida a mi padre? Al fin y al cabo, ¿qué hizo mi padre por mí? Darme un apellido judío y una infancia llena de horrores... ¡No, no había que matar al honorable doctor Dougan! Pero sí decirle la verdad a su hija. Amenazarla. Hacer de ella el mejor instrumento ejecutor del proyecto que había concebido al descubrir aquella foto. La Químico Farmacéutica Dougan, Iverson & C.^o

valía una fortuna..., una fortuna que podía pasar a mis manos. Era... cuestión de talento y paciencia.

»Así lo comprendió también Linda cuando le dije que la vida de sus padres estaba en mi poder. Ella podía salvarlos, si colaboraba. ¡Y colaboró, claro que colaboró! Registrando en principio el despacho de su padre y abriendo la caja de caudales a la que sólo ellos tres tenían acceso. Allí apareció el sobre que en 1943 le fuera arrebatado al que me legó su nauseabundo apellido, el documento en que Vincent Lasky se reconocía como Karl Guenther, fotografías..., todo ion archivo muy elocuente. Y decidí empezar por el honorable Lasky, jefe precisamente de mi amiga Noemi Jaffa. ¡Qué cerca estaba de uno de sus objetivos de venganza, sin saberlo! Guenther pagó la cantidad mensual que estipulé por mi silencio y mantuvo los labios sellados con respecto al chantaje. Le dije que si trataba de hacerme asesinar, a las dos horas, alguien recibiría una carta en la que yo había escrito toda la verdad sobre él. Era un juego divertido y me pareció que un canalla como Guenther pagaba poco por mi silencio. Aumenté la cuota. Sólo era el principio, porque con el tiempo, me casaría con Linda y sus queridos papás la nombrarían heredera universal de todos sus bienes so pena que prefiriesen ser colgados en Tel Aviv como Adolf Eichmann.

Hizo una breve pausa para observar, con ojos inyectados en sangre, a su inmóvil auditorio.

—Pero... —prosiguió después del breve silencio—, las cosas

vinieron a complicarse el día en que Noemi Jaffa me sorprendió en el despacho del que creía Vincent Lasky, su jefe, por un descuido de éste. La historia que argüí no convenció a la escrupulosa mujercita de ojos verdes quien, por su cuenta, averiguó demasiadas cosas. Entre ellas, que en el Soud América Ltd. Banking, Rush Drake disponía de una cuenta corriente con crecido saldo a su favor. Dafna Shevat, Diana Peel que es lo mismo, ferviente enamorada de mi inteligencia como escritor y de mi atractiva persona, cometió la indiscreción de revelarme lo que Noemi les había explicado a las demás en secreto. Eso..., era la sentencia de muerte para todas ellas. ¡Todas, malditas estúpidas! Y mi plan..., fue genial, verdaderamente genial.

¿Verdad que sí, detective? Yo, sabía que Guenthert estaba en posesión de varias obras de arte valoradas en auténticas fortunas. Vine aquí y le dije lo que tenía que hacer. No podía negarse, él no podía negarse a nada de lo que yo le pidiera. Procuré, en principio, no comprometerle.

Refirió cómo había ordenado a Karl Guenthert que por medio de Jess Kerset, preponderante hombre del hampa, eficiente en sus trabajos, vendiera una de sus obras de arte más valiosas.

—El pago —prosiguió sin dejar de escudarse en Samantha—, cuya cifra no debía exceder de los cien mil dólares, había que efectuarlo en un talón que el propio comprador se encargaría de ingresar en la pobre cuenta de Noemi, bajo el nombre de Ingrid Clarkson, tenía abierta en el Trading Bank & C^o.

¡Pobre Noemi, que murió sin saber que era dueña de cien mil dólares! ¡Ah, qué inteligencia la mía! Iba a convertir a la descubridora de mis proyectos en sucia chantajista y traidora que, habiendo descubierto la personalidad de Lasky, lo había silenciado en su provecho. Pero..., ¿y la forma de cometer el crimen? ¡Fabulosa! Y ahí intervenía mi adorada prometida, brillante y aventajada estudiante de Medicina. La elección no era dudosa: O seguía colaborando o sus amados progenitores terminaban ahorcados en Tel Aviv. Lo comprendió, sí. Era una chiquilla comprensiva. ¡Ah, y se admiró de mi inteligencia cuando le expuse el sistema de matar que yo había ideado!

Un finísimo cono metálico impregnado de una sustancia

venenosa, paradistrina por ejemplo, activada con unas sustancias solubles, lo cual obtendría con facilidad en los laboratorios de papá. Genial, ¿no es cierto? El diminuto cono se encajaría en una de las rejillas del auricular del teléfono de forma que, cuando fuese llevado al oído, el pinchazo venenoso produjera la muerte instantánea. Y así sucedió, ¿verdad, detective? Luego, la misma Linda se encargaba de efectuar la llamada asesina y de personarse en el lugar del trágico suceso para hacer desaparecer con unas sustancias especiales, ¡chica lista ella!, los rasguños dejados por la puntiaguda cúspide del cono dentro del pabellón auditivo. Y tal fue el éxito en la primera víctima, que decidí deshacerme de Dafna, Jezabel y Ruth por el mismo sistema ya que, un día u otro, ellas se convertirían en una amenaza para mis proyectos, como había sucedido con Noemi.

—Satanás debe sentirse corroído por la envidia, Rush —intervino entonces Melvin Adams—. Criminal, vesánico proyecto el tuyo, pero inteligente, sí. Y todo hubiera rodado a medida de tus canallescos deseos a no ser porque alguien me pidió que investigara la procedencia de cierta obra de arte, reproducción del

KUM-BUM,

que había visto en el escaparate de una tienda de antigüedades de Greenwich Village.

—¡Oh! —exclamó Rush Drake con perversa satisfacción—. Sé eso. ¿Crees que de no saberlo hubiera eliminado a Guenther? Tu amigo, el anticuario, en cuya casa tan amablemente me has buscado cobijo..., ha cometido el error, agradable error para mí, de contarme lo sucedido en su establecimiento. ¡Qué hermosa coincidencia! Servirme en bandeja al anticuario precisamente elegido por Jess Kerset para efectuar la venta, por orden mía a Guenther. ¡Admirable!

Melvin Adams, haciendo un desesperado esfuerzo por prolongar la situación, inquirió con voz fuerte, metálica:

—¿Era necesario fingir el envío del sobre que le arrebataron a tu padre, con la falsa carta de amor, a Noemi?

—Me decepcionas, detective —respondió con burlón sadismo—. Ésa era mi mejor e infalible coartada, puesto que, tarde o temprano, la policía, en sus investigaciones, me relacionaría con Noemi. ¡Oh, la carta, la carta...! Probaba la traición de Noemi Jaffa y mi

inocencia. ¿Desde cuándo un criminal se deja ver en la escena del crimen o huye abiertamente, demostrando miedo, temor? Quedaría por completo al margen y aún sería compadecido. Y en casa de Diana Peel esperaba a que me sorprendiera la policía cuando tú llegaste. Te coloque la historia, cierta, eso sí, que pensaba colocarle a la policía.

¡También he demostrado ser un excelente actor...! ¿Cierto, pesquisa? Mi sinceridad al hablar, el temor... ¿Podía sospecharse de quien queda junto a un cadáver, paralizado por el horror? ¡Magnífico! Luego de ofrecirme tu desinteresada ayuda te fuiste en busca de más cadáveres... ¡Ja, ja, ja! Si supieras cómo me he regocijado pensando en tu expresión cuando las encontraras muertas. Y con respecto a Vincent Lasky, Karl Guentherth ex coronel del SS, ya sabes cómo he impedido que lo encontraras vivo..., y he hecho bien en ocultarme en el jardín. Presentía lo que iba a ocurrir, tenía la certeza de que esta maldita imbécil lo estropearía todo. ¡No tendré dinero..., más del que tengo, claro! ¡Pero se hablará de mi inteligencia y más de un país se ofrecerá a cobijarme! ¡Allí escribiré, hermosa ilusión, un alucinante relato que describa fielmente mi magnífica obra de ahora! Para terminar, pesquisa, antes de que os mate a todos, ¿quieres preguntar algo más?

Melvin Adams, que no había cesado de exprimir su cerebro en busca de una solución, apuró la última probabilidad.

—Sí —fue su contundente respuesta—. Has dicho que Linda Dougan, aprovechando sus conocimientos médicos, regresaba al lugar de los asesinatos para borrar la levísima huella dejada en el oído de la víctima por la cúspide del tronco, ¿no?

—¡Ahá, detective! Eso he dicho.

—Entonces..., ¿por qué no colgaba el teléfono, evitando la lógica sospecha que el auricular colgante despertaría a la hora de investigar?

Una sonrisa escalofriante iluminó los labios cuyas comisuras seguían segregando un hilo de espumosa saliva.

—¡Qué reducida es tu mente y tan desarrollada que supones tenerla..., iluso! Colgando el auricular, si por cualquier circunstancia la policía llegaba a establecer que las víctimas habían recibido una llamada telefónica antes de morir y la relacionaban íntimamente con el crimen, demostrando que la muerte instantánea

no había permitido a los muertos colgar el auricular..., ¿qué deducirían? Sencillo: El regreso del asesino. ¿Para qué? Ya se sabía que para volver el aparato a su posición de origen; pero..., ¿y si existía otro motivo? Por ahí era posible, aunque difícil, lo reconozco, iniciar una investigación peligrosa para mi colaboradora y para mí de rechazo. Era mejor no tocar el teléfono y sí ocuparse de la pequeñísima señal dejada por el instrumento ejecutor. La policía ya no consideraría el regreso del asesino y se volvería loca al comprobar que los análisis revelaban como causa de la muerte lo que el cuerpo, sin vestigios ni señales, negaba. Creo..., creo que jamás ha existido proyecto de matar más hermosos y mejor concebido...

—¡Ni ser más cruel, despiadado y retorcido que tú, ha hollado la tierra! —Surgió una voz ronca, trémula, a espaldas de Rush Drake. Agregando, en excitación que iba *en crescendo*—: ¡Maldigo la hora en que di vida a semejante monstruo! ¡Eres el diablo hecho hombre! ¡La ambición te ha convertido en un satánico engendro que no ha dudado en profanar el recuerdo de su padre...!

Rush Drake, Franz Bar Giora, saliendo de su momentánea sorpresa, empujó violentamente a Samantha y se revolvió como un tigre acorralado para hacer frente a quien pronunciaba aquellas frases incomprensibles.

Y en aquellas fracciones de segundo, la agilidad y los inverosímiles reflejos de Melvin Adams quedaron patentizados ante varios pares de ojos.

Trazó una fulgurante parábola para situarse en un ángulo desde el que nadie pudiese interferir su maniobra, al tiempo que la «*Parabellum*» brincaba de la funda sobaquera.

—¡Mátame, maldito! ¡Asesina a tu madre! ¡Es lo único que le resta por hacer a un monstruo como tú!

Las últimas palabras de Jordana Gilboa fueron ahogadas por el estampido de los dos disparos que brotaron sucesivamente, confundidos en uno, de la automática de Adams.

Su difícil postura al hacer ambos disparos, no fue óbice para que los proyectiles alcanzaran el objetivo donde habían sido enviados.

Rush Drake, cuyo índice no se había cerrado contra el gatillo por una infinitesimal fracción de segundo, se tambaleó.

Escapó el revólver de su mano, ya sin fuerza al balancearse

sobre la puntera de los zapatos, como borracho, ofreciendo una absurda expresión, gorgoteando la sangre que manaba de su garganta.

Se precipitó, tras un estertor y un titánico esfuerzo por mantenerse en pie, de bruces, pesadamente, con sonoro y tétrico impacto.

No.

Esta vez no oscilaría sobre la cabeza del cadáver el auricular de un negro teléfono descolgado.

No habría más llamadas asesinas.

—¡Está..., está muerto! —aulló como hiena herida Jordana Gilboa. Melvin, tomándola por los hombros, trayéndola hacia él, preguntó:

—¿Cómo has llegado aquí, Jordana?

Ella, con sus vacíos ojos almendrados, lo miró sin verle.

—No..., no he dejado de seguirte desde que has salido de mi casa esta mañana. Estaba oculta en el jardín y lo he visto, he visto a... —Rompió en histérico llanto—, ¡mi hijo! ¡Era mi hijo!

Ferdinand Walter Blomberg y Erika Guenther, silenciosos, habíanse arrodillado junto al cadáver de su hija, acariciándolo, besando su frente y sus ojos.

Thomas Barton y sus subalternos miraban a Melvin Adams.

Que, por ser el único que conocía la historia, pensaba, con el ceño fruncido y la expresión hosca, cómo el Destino, justo y cruel al mismo tiempo, implacable, insensible, había reunido muchos años después a los protagonistas de una vieja odisea de muerte y horror.

Devolviéndoles otra vez, fríamente, el horror y la muerte.

Veleidosa mano invisible que movía a su antojo los personajes de un mundo real. Samantha, en un rincón, aterrada, lloraba silenciosa y tímidamente.

Con él, con Melvin Adams, el Destino había sido muy beligerante.

—Supongo. —Thomas Barton se había acercado al detective—, si no es mucho pedir, que vas a explicarme lo que desconozco.

—¡Oh...! Adams lo miró con una de sus irónicas sonrisas en los labios, con igual curiosidad que si lo viera por vez primera. — ¡Claro, tío Sam! Que tus hombres se lleven a Walter Blomberg, Erika y a esa mujer de la que ya te hablaré..., y a la que sólo han de

tomarle declaración.

Dio las órdenes oportunas.

Cuando pasados unos minutos, solos, Melvin consiguió tranquilizar a Samantha, fue a sentarse a la izquierda del policía.

—Te escucho —dijo Barton, seco y escueto.

Adams, sonriente, irónico, cínico como siempre, empujó:

—Erase un detective de magnánimo corazón que solía prestar su apoyo y ayuda a un pobre tenientillo de la Brigada de Homicidios...

EPÍLOGO

Transcurrida una semana de aquel trágico día, Samantha, flamante señora Adams, se acurrucó entre los fornidos brazos de su marido y, recostando la pelirroja cabecita en su torso viril, le preguntó:

—Hay algo que no he comprendido todavía, cariño. Aquellos hombres que nos vigilaban a tío Víctor y a mí en la tienda..., ¿para quién trabajaban?

Melvin besó con ternura los sedosos cabellos.

—¿Todavía preocupada por eso, muñeca? Bien, procuraré saciar tu curiosidad. Aunque no me molesté en comprobarlo, supongo que eran tres hampones contratados por Karl Guenther, con la misión específica de interesarse por la persona que pudiese comprar el KUM-BUM

ya que, Guenther, pasado un tiempo, debía tener planeado recuperar tan valiosa obra de arte. ¿Satisfecha?

Alzó sus bellos ojazos violeta.

—¡Ahá, detective! Y... —Un mohín picaresco se formó en sus rojos labios—, ¿es cierto que ya no tienes por secretaria a esa «vamp» de ocasión que trató de aguarnos la boda?

—¿Celosa?

—No. Conservadora.

—Sabes mucho para tu edad e inexperiencia, Samantha.

—Cuando una mujer se casa y ama a su marido, se le desarrolla extraordinariamente el instinto de conservación y el deseo de no compartir lo que es suyo. ¿Has despedido a Laura Queen?

Sonrió él abiertamente.

—Por supuesto que la he despedido, mi sugestiva y encantadora señora Adams. En adelante, usted será mi única secretaria. ¿Cree que estaré satisfecho de su colaboración?

Samantha, separándose de él, tomó su mano derecha y tiró con

expresión picaresca.

—Ven..., jefe.

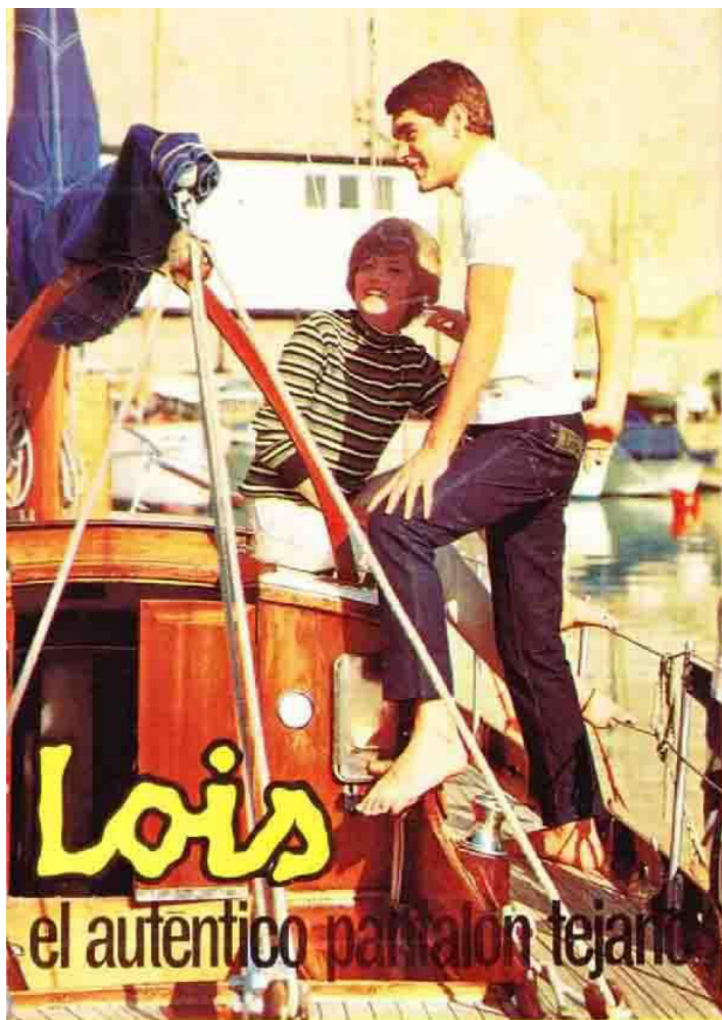
Le hizo un avance demostrativo de lo muy satisfecho que iba a estar con su colaboración.

¡Tararará...!

No, soy yo, amigo. Estoy tarareando.

¡Tararará...!

FIN



Lois

el autentico pañalon tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (ESPAÑA)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.

NOTAS

[1] La residencia de lamas de

KUM-BUM

se encuentra en la China Occidental, provincia de Kansu, en territorio tibetano. Está consagrada a una forma especial de budismo, el Lamaísmo, que es la religión oficial del Tíbet y Mongolia. Aunque tibetana, en la lamasería de

KUM-BUM

se reconocen influencias chinas, por cuanto no hay azoteas como en las lamaserías del Tíbet central, sino típicos tejados chinos de ángulos curvados, hacia arriba que, por su forma, recuerdan las tiendas nómadas de las que en realidad derivan. < <

[2] El 20 de enero de 1942, Reinhard Heydrich convocó una reunión de quince altos burócratas nazis en el barrio berlinés de Wannsee y en ella se tomó la decisión de adoptar la SOLUCIÓN FINAL DEL PROBLEMA JUDÍO. Que fue: Deportación al Este, Trabajos Forzados, Ejecución en Masa. Entre los nazis presentes, Adolf Eichmann era de los de menor graduación, pero recayó sobre él hacer que la SOLUCIÓN FINAL fuera llevada a cabo eficazmente. < <

[3] Equipo de trabajadores compuesto por hebreos, cuya misión en los centros de exterminio nazis consistía en extraer los cadáveres de sus propios compatriotas de las salas, de gaseamiento, llevarlos al crematorio y enterrar luego los despojos. < <